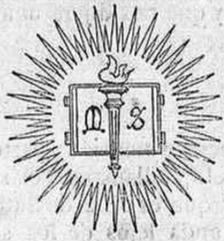


Ilustracion



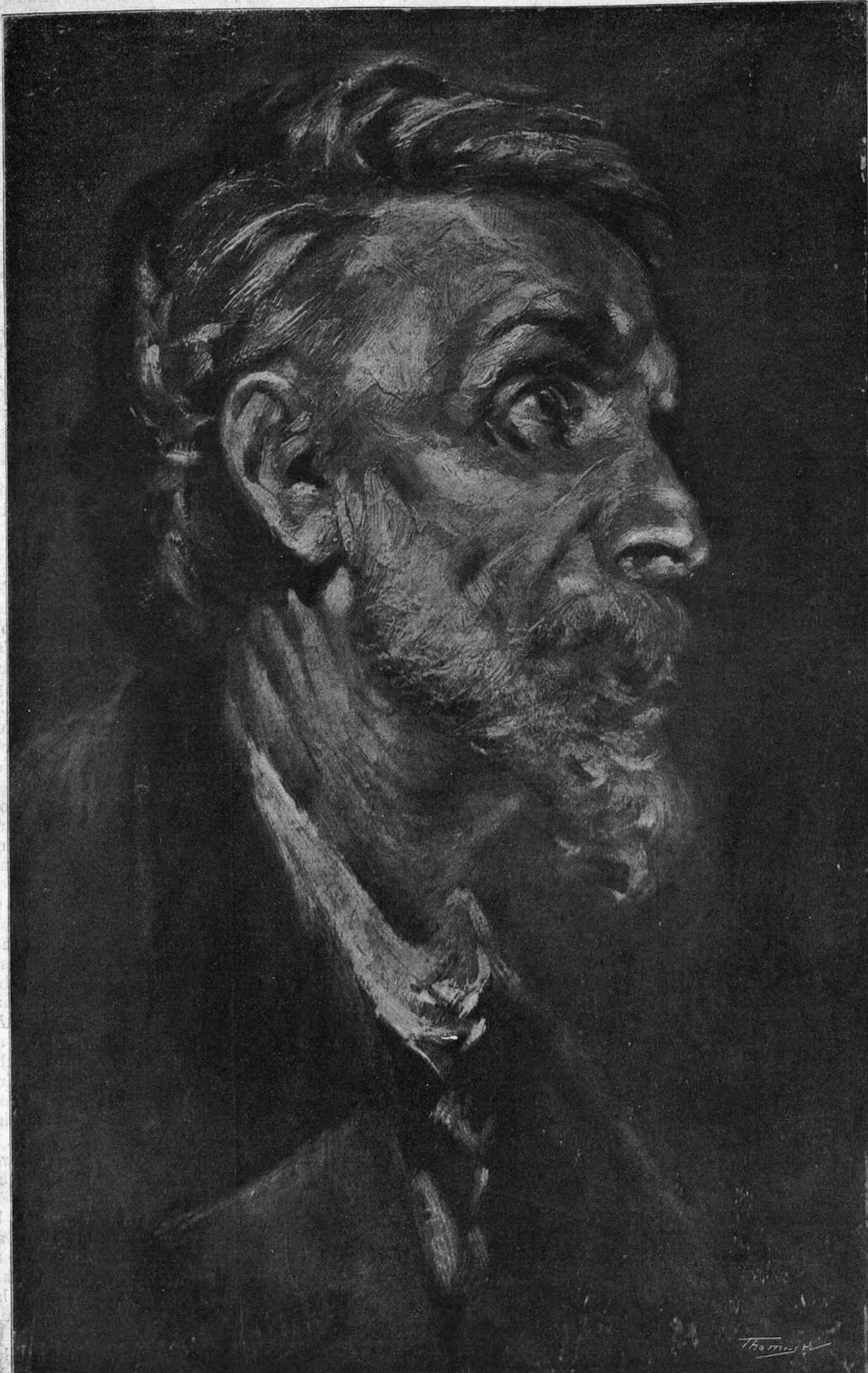
Artística



AÑO XXI

BARCELONA 24 DE FEBRERO DE 1902

Núm. 1.052



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro del malogrado pintor Simón Gómez,

propiedad de D. Isidro Llobet



Texto.— *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *La veterana* (Cuento), por Adolfo Luna. — *No Francisco* (Boceto sudamericano), por Emilio H. del Villar. — *El diablo del alcohol*, por Roberto Robert. — *Pruebas verificadas por M. Santos-Dumont en Mónaco*, por M. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El pasado de una madre*, novela ilustrada (continuación). — *La ciencia en el teatro.* Caldera eléctrica. Cascada de piedras preciosas. Baile de joyas, por G. Chalmarés. — Libros enviados a esta Redacción. — *Porcelanas de la Fábrica Nacional de Sevres.*

Grabados.— *Cabeza de estudio*, cuadro de Simón Gómez. — Dibujo de Triadó que ilustra el cuento titulado *La veterana.* — *Sencillez*, cuadro de José M. Tamburini. — *Al salir del baño*, cuadro de Francisco Masriera. — *Esquileo*, cuadro de Joaquín Agrassot. — *Instintos bélicos*, dibujo de Jorge Varian. — *Evoluciones del globo «Santos-Dumont» en el puerto de Mónaco.* — *Visita de la ex emperatriz Eugenia a M. Santos-Dumont en Mónaco.* — *Regreso del globo «Santos-Dumont» al punto de salida.* — *Otra Centenaria*, cuadro de José Bail. — *Vanitas*, cuadro de José María Tamburini. — *María Bonaparte Wyse (Madame Rattazzi).* — El pintor inglés Tomás Sidney Cooper. — *La ciencia en el teatro.* Fig. 1. Caldera eléctrica del teatro del Chatelet, de París. — Fig. 2. Las joyas luminosas. Equipo de las bailarinas en el salón de baile. — Fig. 3. La cascada de piedras preciosas en «Le voyage de Suzette.» obra representada en el Chatelet. — *El brasero de Cupido.* — *Ninfas fabricando amorcillos*, porcelanas de la Fábrica Nacional de Sevres.

CRÓNICA DE TEATROS

Muchos estrenos, muchos fracasos. Tal es el balance del mes. Lo siento por mí, que me veo precisado a decir verdades, siempre dolorosas para aquel a quien van dirigidas; pero ¿qué remedio? *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, podría decirles el autor de esta crónica a los autores *engañados*, que son todos ellos amigos míos.

Les llamo *engañados*, porque se creen que sus obras han gustado mucho, cuando la *claque* ahoga las protestas del público, y salen tan contentos a la escena, exponiéndose a un disgusto. Esto es lo que debo suponer; porque si no es así, entonces debo creer que salen a la escena aun oyendo que los aplausos no son espontáneos ni sinceros, y eso sí que sería peor. Estamos presenciando, sobre todo en el teatro Español, una serie de fracasos que parecen ciertos; y si en provincias juzgan de los estrenos por lo que leen en nuestros periódicos, van muy equivocados.

Al día siguiente de la primera representación de una obra se dice que el autor salió a escena varias veces entre grandes aplausos, y el lector supone que la obra ha alborotado. Si ese lector provinciano viniese a Madrid en la semana que sigue al estreno, vería la sala del teatro vacía, ocupada por media docena de familias de amigos del autor. Pero no necesita venir para convencerse de las mentiras convencionales de los madrileños; con que cuente en un periódico los días que dura cada obra de las que parecen éxitos, se convencerá de lo que digo; y en prueba de ello, allá va el resultado de las obras estrenadas por la empresa Thuillier-Cobeña, que parece que está reñida con su dinero.

Se estrena *La Maya*, sale el autor a recibir gloria a porrillo, le elogian mucho los periódicos... y la obra dura nueve días.

Se estrena *El Leoncillo*, le hacemos una ovación al amigo Cavestany, y sale a recibirla al fin del segundo y al fin del tercero, y se citan sus versos, y algún periódico los reproduce, y el autor es elegido académico y todo, y el drama dura nueve días, y desaparece oyendo que el público le dice: «Adiós para siempre.» Sigue a estas obras de novenario *El vencido*, de Federico Oliver, y a este autor y empresario le sacamos también entre su mujer y el negro, digo, entre su mujer y el galán, y le aclama el público del estreno, a pesar de unos siseitos graciosos del público pagano, y dura este tercer drama *nueve días*.

Se estrena *Carlos Edel*, obra de la que hablaré luego más despacio, ocupan palcos y butacas las señoras de la buena sociedad (por lo visto hay señoras de la mala), y nos avisa antes un periódico muy serio que dichas señoras son muy patriotas y han resuelto ir a los estrenos de obras españolas y que irán al Español. En efecto, nos encontramos con una sala compuesta de políticos, duquesas, senadores, banqueros y dos señoras descotadas. La obra pasa lánguidamente, pero al autor se le hace una ovación digna del *Trovador* ó del *Drama nuevo*. Y sale, y sale, y

sale... ¡*Hoy sale, hoy!*, gritaban a la puerta los que venden décimos de la lotería. Y el drama dura *nueve días!*

¡El amigo Thuillier debiera ser el Presidente de la Congregación de la Novena! ¡Bajo su dirección artística, los dramas no llegan a la décima noche nunca! El día de la última representación debería vestir a Donato de cura y que nos dijera una misa de novenario...

Carlos Edel merece mención aparte entre los anodinos estrenos del que llamamos clásico coliseo.

La merece, porque es obra de autor novel, y este autor novel no anda lejos de los sesenta años. Y cuando un hombre a esa edad arrostra el teatro, es digno de doble respeto, primero por el amor al arte que su trabajo tardío representa, y además porque arriesga el fracaso ya cuando el hombre comienza a cuidar mucho su fama.

D. Emilio Gutiérrez Gamero, autor de *Carlos Edel*, nos había dado ya pruebas de un talento literario en varias novelas que el público acogió muy bien y la crítica mejor. No diré yo, como algún periódico, que sea *ilustre*; porque entonces, ¿cómo deberíamos llamar a Galdós, Valera y Palacio Valdés? Somos tan fáciles en el adjetivo, que lo estamos deshonrando hace ya años.

Las novelas de Gutiérrez Gamero son de muy fina observación, están muy bien escritas, reflejan costumbres políticas que están flageladas de mano maestra. Es un novelista; ese es su verdadero camino.

El drama que hemos aplaudido la otra noche, no está mal imaginado: parece, en el procedimiento, que el autor haya escrito dramas toda su vida, según lo bien que maneja las figuras y lo práctico que es en eso que se llama los efectos teatrales; pero efectos y figuras son fríos, el drama es delicadamente sombrío, si se me permite la frase; obra de un artista, sin duda alguna, pero monótono y pesado para el teatro. Acaso Gamero lo pensó como novela, y después lo convirtió en drama.

De todos modos, es muy estimable este primer trabajo dramático del distinguidísimo novelista; y aunque su obra no haya durado más que los nueve días thuillierescos, puede decirse, en honra del autor, que es un trabajo literario; cosa que ya va siendo rara en estos tiempos en que tantos autores escriben, no ya para la gloria, sino por el dinero.

Acabé la última crónica anunciando el estreno de *Las vírgenes locas* en la Comedia, que iba a verificarse algunas horas después de echar mi carta al correo. Esta comedia original de Marcel Prevost, titulada en francés *Les demi-vierges*, está hábilmente adaptada a la escena española. Los Sres. González Llana y Francos Rodríguez arreglan muy bien las obras francesas, y si yo fuera empresario no les encargaría las adaptaciones más que a ellos. Esta vez han acertado por completo, evitando en la traducción las desnudeces y desenfados de la obra extranjera, a pesar de lo cual todavía hay muchas personas que le ponen a la obra mala fama y dicen que no es para castos oídos. En Madrid somos especialísimos en esto de la moral del público. Las señoritas de las clases *altas* van a los toros, y allí oyen las palabras más indecentes del idioma; cuando viene una compañía extranjera, las llevan a oír en italiano ó en francés cosas estupendas y comedias inmoralísimas. Suelen ir de vez en cuando a la cuarta de Apolo ó al Cómico ó a Eslava, donde los cómicos dicen chistes desvergonzadísimos. Pero como diga cualquiera que tal obra francesa arreglada al español es *verde*, se ponen coloradas desde su casa.

Precisamente el mérito grande que le encuentro a *Las vírgenes locas* es que han quedado con todas las ventajas de la comedia de Prevost y sin ninguno de los inconvenientes.

La ejecución ha sido *admirable*. Hace muchísimos años que no habíamos visto hacer una obra con tal perfección y lujo de detalles artísticos. Todos los actores que en la comedia toman parte merecen ser aclamados. Es, en los teatros, indispensable el *conjunto*, al que no estamos acostumbrados porque las empresas suelen supeditar todo a una *estrella*, como ahora se dice. Generalmente en todas las compañías no merecen aplausos más que el *galán* ó la *dama*. En la Comedia hay una compañía completa, que ha representado la obra de Prevost con verdadera maestría.

En la noche del estreno se reveló un actor, el señor Tallaví, que logró un triunfo extraordinario, legi-

timo. Es joven; y si no se ensoberbece, tiene un gran porvenir en la escena.

D. Miguel Echegaray, célebre autor cómico, no tiene término medio: ó acierta por completo, ó fracasa en redondo. Parece que el público vaya a oírle siempre, ó dispuesto a que todo lo que le diga le guste, ó no le guste nada.

En el espacio de cuatro ó cinco días ha estrenado dos obras, una en Lara, que no resultó, y otra en Apolo que desde la primera escena fué ya un éxito. Del mismo autor son *Una cana al aire* y *El sombrero de plumas*, y sin embargo, nadie lo diría. La comedia será una obra más en su ya largo repertorio; la zarzuela es de esas que pasan de las doscientas representaciones. Y al teatro de Apolo le ha hecho D. Miguel Echegaray un enorme servicio, porque estaba desierto, abandonado del público, y desde que se estrenó *El sombrero de plumas* ha vuelto la gente y está lleno todas las noches; lo cual prueba, como he dicho mil veces (y no he sido yo solo, porque es una verdad muy generalizada), que en los teatros lo que hace ricas a las empresas no son ni el abono, ni los actores, ni la moda, ni nada más que las obras. Ya lo dijo Arderfús, que de eso sabía más que nadie. *¡Obras son amores, y no buenos actores!*

Sigue la popularísima Loreto Prado ganando dinero como empresaria y haciéndose aplaudir como actriz en el Teatro Cómico. Además, como sabe que al público lo que le gusta es lo nuevo, estrena obras casi todas las semanas con gran sentido práctico.

La titulada *La Trapera* es lo que los franceses llaman *vieux jeu*, y los españoles, antiguos moldes. Es un melodrama, y como hay gustos para todo, y ese género aunque sea todo lo inverosímil que se quiera le interesa siempre a la masa aunque la minoría de buen gusto proteste, *La Trapera*, escrita por Serra, que es hijo de su padre y ha estudiado el *metier* en casa, tiene todo lo que hace falta para que una vez admitido el género se aplauda. Agréguese a esto una música muy bonita de Caballero y Hermoso, y no hay necesidad de más para un éxito en aquel teatro, al que va el público de muy buena fe y siempre deseoso de pasar bien la noche.

En Eslava siguen las tiples bonitas haciendo la *Enseñanza libre*, y enseñándolo todo.

En la Zarzuela, el público pide todas las noches coplas y coplas en el segundo acto de *Los Timplaos*, y han de dárselas muy verdes y muy descocadas. Y como yo no he dicho nunca porquerías en la escena, quiero advertir que esas coplas las hacen ó los actores ó sus amigos, y que no son mías, ni siquiera voy a oírlas. Pero según los actores, el público las quiere así, y no hay más remedio que darle gusto. *Lavabo inter... manus meas.*

En Martín, el joven y laboriosísimo actor González Hompanera continúa estrenando todo lo que le dan; unas veces gusta, otras no; pero el actor-empresario está haciendo una buena campaña, y sobre todo *prueba* a los autores que le llevan comedias, les da facilidades, y esto ya es digno de aplauso, aunque las obras no resulten.

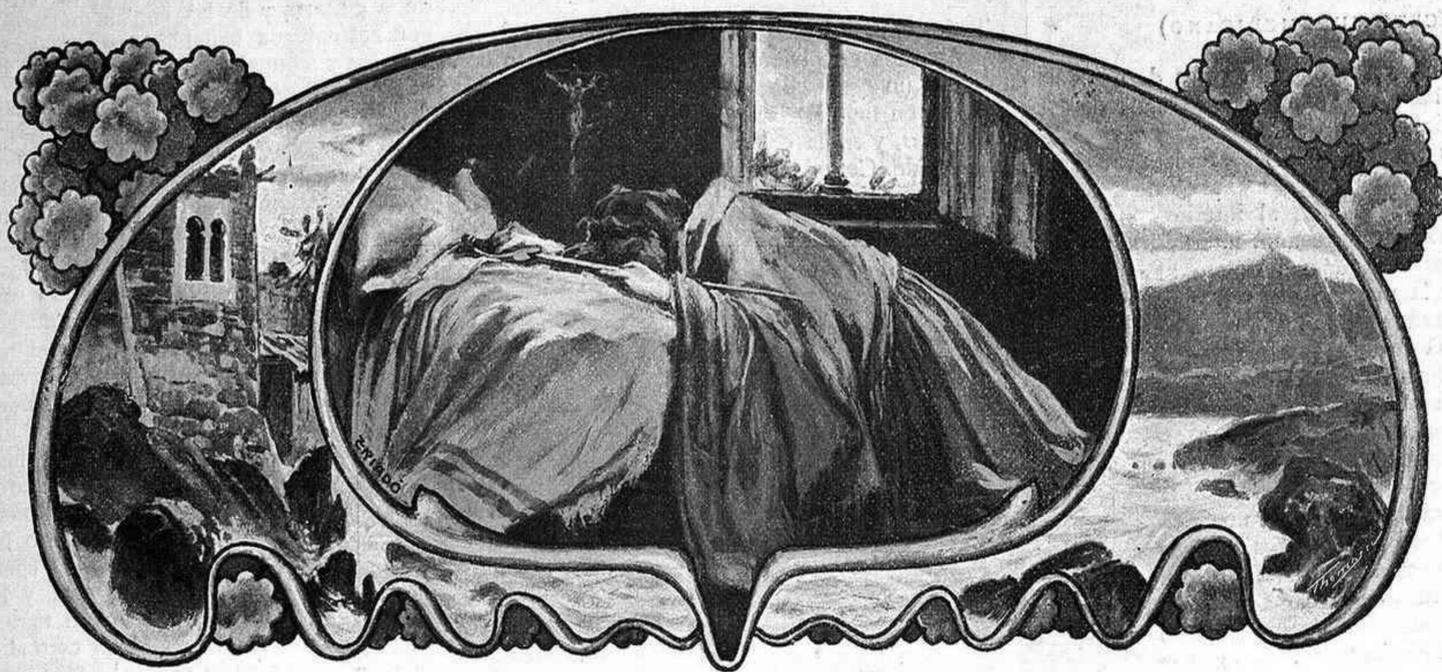
Entre las obras que se han estrenado en el mes, la más digna de mención es *Cruz*, original de Ginnard de la Rosa y Serret, obra medio adaptada del portugués, que fué muy aplaudida, y una pieza del distinguido redactor de *El Herald* Sr. Roig Bataller, que revela en su joven autor excelentes condiciones de autor cómico, y salió a escena *bien llamado*, cosa que no puedan decir algunos autores de fama. La pieza se titula *El Bastón de Concha* y tiene larga vida en Madrid y provincias.

También en Eslava se ha estrenado un jugueteo titulado *El favorito del Duque*, que pasó, porque como decía Santa Teresa de Jesús: «Todo pasa, sólo Dios es eterno.»

De Méjico escriben que la compañía Mendoza-Guerrero, ó para hablar con más corrección, Guerrero-Mendoza, está conquistando más aplausos que nunca y más dinero que nunca también. De un momento a otro pensaban estrenar la nueva obra de Echegaray *Los escalones de un trono* y otra de Guimerá cuyo título ignoro.

Celebrando que a tan célebres compañías les vaya tan bien por el otro mundo, hay que pedir a Dios que vuelvan pronto a este; porque en honor de la verdad, aquí hacen mucha falta, ¡pero mucha falta!

EUSEBIO BLASCO.



LA VETERANA

(CUENTO)

Recientemente me han contado el episodio heroico y no quiero callármelo.

Francia, á raíz de las enormes derrotas de Sedán, de Metz y de París, tuvo la dicha de hallar entre sus hijos nobles artistas que enaltecieron sus pasadas glorias y lloraron sus presentes duelos.

España, menos feliz, se ha visto abandonada por sus poetas, al caer en tierra mal herida, derrotada y llorando de rabia y de dolor.

Bárbara injusticia es esta, de la que la historia futura nos pedirá estrecha cuenta á todos.

No retóricas frases, episodios, grandezas del alma nacional, anécdotas sentidas y contadas con fe del corazón; eso han hecho siempre los artistas de una patria, cuando el azote de la traición ó la derrota la han herido.

Eso debemos hacer nosotros; ese es un deber sagrado que debemos cumplir. Dignificar á la patria herida con los amores del arte, es lo mismo que restañar la sangre de su pecho abierto; vibre en nuestro estilo la indignación augusta de Quintana, de aquel grande é indómito león de nuestra independencia, que en medio de las derrotas y las angustias supo llevar el férvido entusiasmo de su alma á todas las almas españolas.

España fué grande entonces por sus artistas; Polonia esclava lo ha sido y lo es por sus poetas; Grecia en ruinas vive y vivirá siempre á través de los siglos en el espíritu heroico de sus genios.

Maupassant contando á Europa el trágico heroísmo del soldado humilde, ha hecho más por el engrandecimiento de Francia que sus estadistas y sus generales.

Hermosas historias de lágrimas y duelos ignorados existen en España, en todos sus lugares, en sus aldeas todas; ¿las ha contado alguien?

Rehagamos esas historias dolientes al pie de la bandera desgarrada; sepan generaciones venideras que no fué todo derrota y bochorno. Y, como el poeta dijo,

Lloremos de dolor, no de vergüenza.

* *

La carretera extensa y blanca, atrincherada á la derecha por altas dunas de dorada arena y bordeada á la izquierda por espinosa y verde barrera de nopales, tuerce en curva rápida al final de una suave pendiente, y los pasajeros de la diligencia, recibiendo en el rostro el airazo del mar, contemplan de repente un espectáculo soberbio.

Es la playa, enorme y luminosa, abierta en inmensa curva, sobre la que ruedan, mugidoras y espumantes, las libres olas del Atlántico.

Allá, no muy lejos, bañado en sol, blanco y brillante como la espuma de las olas, se divisa el pueblecito costero, risueño y alegre.

Hasta el pie de sus blancas casitas marineras lleva á veces la resaca su rugiente galope, dejando en las puertas sus algas verdinegras y su cinta de espuma, que al sol de junio se tuestan y doran adquiriendo color de esponja.

En los blancos miradores y terradillos cuelgan rojas y azules camisetas de marineros y pescadores, flameando al aire como banderolas. Se siente en el aire el vigoroso aliento del mar; al extremo de la enorme curva de la playa se eleva un oscuro cerro, en cuyo pico un castillo romano deja caer sus rotos muros y sus macizos sillares como un titán rendido por los años.

Desde aquel cerro, cuya parte que da al mar es un tajo profundo y vertiginoso, se distingue una inmensa extensión de agua. Los pescadores ven desde varias leguas la fogata que se enciende en la Torre del Homenaje, y en días de tormenta allí espera la esposa del pescador con indecible angustia la vuelta de la barca y desde allí ve al esposo y al hijo luchar desesperadamente con la tremenda furia del Atlántico.

Al pie del viejo castillete crece una higuera salvaje, ancha y verde como una parra, y á su sombra, una mano humilde labró una pobre vivienda con apariencias de choza, construída con piedras del castillo en ruinas.

Vivía allí, hasta hace poco, la vieja veterana. En el lugar no se la conocía por otro nombre.

Su vida era original y solitaria; escasa de palabras, erguida y seca de cuerpo, cenceña y atezada de rostro, los vecinos que la veían pasar camino de la iglesia la saludaban con profundo respeto.

Su historia, comentada por la fantasía popular, corría de boca en boca.

Era, según fama, hija de un hidalgo pobre que durante la guerra de la Independencia peleó heroicamente, muriendo como un león en la batalla de Albuera.

Muerto el hidalgo, que llevaba consigo á su hija, pequeñita, por no tener más familia próxima, quedó la niña entregada y generosamente prohijada por aquel ejército aventurero y audaz, que recorría España persiguiendo á los franceses; mal armado, mal vestido, haraposo, pero invencible y sublime.

La niñez de la veterana discurrió, pues, entre aventuras terribles y guerreras, entre el fragor de las descargas, los gritos de triunfo y los lamentos de agonía.

Mil veces internándose en lo más fragoso de la sierra con el ejército, para caer después desde los altos picos nevados sobre los destacamentos franceses.

Esta vida y el sentimiento por la muerte de su padre hicieron de ella un guerrillero más, cuyo valor y cuya audacia admiraban los suyos; á los doce años ganó sobre el campo de batalla su primera cruz; había sido la primera en atravesar un puente cañoneado por los franceses, y obligando con este rasgo á que los guerrilleros la siguieran con impávida bravura, ganando la acción y apoderándose de un convoy de cálices y alhajas de iglesias que los franceses conducían á la frontera.

Aquel día el jefe de la fuerza española le impuso, ante todo el batallón formado, la charretera y los galones de alférez.

Diez y seis años contaría, aun antes de terminar la campaña, cuando contrajo matrimonio con un teniente de aquel ejército. Terminada la guerra, los jóvenes esposos volvieron á la aldea á disfrutar de la paz que, por desgracia nuestra, no duró mucho tiempo.

Estalló la terrible guerra de religión, la primera guerra civil, y allá fueron nuevamente al campo leal los que tan denodadamente lucharon por la independencia patria.

La veterana acompañó á su esposo á la nueva campaña; sirvió en el ejército como hermana de la caridad, acudiendo denodadamente á los sitios de mayor peligro; ganó dos cruces y tuvo la horrible desgracia de ver morir á su esposo heroicamente en el sitio de Estella.

Se retiró entonces á su aldea: tenía un hijo; le faltaba el esposo, el sostén de su vida.

El hijo, al que dedicó ya todos sus cuidados, fué un digno sucesor de aquella raza heroica; militar desde muy joven, instruído é inspirado por su historia, cuyos episodios había oído á la veterana muchas veces, estaba recién casado cuando estalló la guerra de Africa; se despidió de su joven esposa y de su madre y marchó al ejército, á perpetuar con sus hechos las glorias de sus antepasados. No volvió; fué de los que se quedaron en el sitio de Wadrás; murió su esposa al dar á luz un hijo, y la veterana, silenciosa y trágica, pero indomable, se retiró con el niño á la humilde chocita del castillete.

Y le educó ella misma, repitiéndole siempre esta frase concluyente, resumen de su vida:

— Cuando tú vayas, muere como ellos, pero victorioso.

* *

La guerra de Cuba se llevó al muchacho.

Databa desde entonces el respeto supersticioso con que los vecinos miraban á la veterana. Nadie le vió derramar una lágrima; para despedir al nieto, se ciñó la espada de guerrillero y se puso las charreteras y las cruces ganadas en el combate. Después, poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo solemnemente:

— Ya sabes, ¡como ellos!

Y nada más.

Desde aquel día la veterana escrutaba el mar desde lo alto de aquel tajo vertiginoso, á cuyos pies se estrellaban las olas con espantoso rugido.

Decía la gente que la vieja no dormía nunca; una lucecita inextinguible brillaba siempre á través del ventanuco de la choza, y desde abajo, desde la aldea, se veía constantemente aquella luz como un ojo ansioso, fijo siempre en el mar.

La aldea se consternó con las noticias de las primeras derrotas; las escuadras destruídas, invadidas nuestras posesiones, el bravo ejército destrozado por falta de dirección y de medios, arribando á los puertos millares de repatriados que agonizaban de fiebre...

El alcalde recibió la noticia: el hijo de la veterana había muerto en un hospital de Barcelona. Entonces miraron todos con terror á la choza del castillo; la lucecita no ardía ya....

Cuando subieron hallaron á la vieja veterana muerta, tendida sobre su lecho, con sus charreteras y sus cruces y apretando entre sus manos, como en una última convulsión de desesperado heroísmo, la vieja espada de la Independencia.

ADOLFO LUNA.

(Dibujo de Triadó.)

ÑO FRANCISCO

(BOCETO SUDAMERICANO)

Después de atravesar durante cerca de dos días las inmensas llanuras monótonas, yermas, de las pampas argentinas, que, ricas en agua y revestidas de pasto en las proximidades del litoral, se van desecando y cubriendo de malezas leñosas de grisáceo follaje, conforme se avanza al interior, para formar, más al Norte aún, interminables salitrales desnudos, el viajero, al despertarse en la mañana del siguiente día, siente alegrado su espíritu al hallarse en medio de la región pintoresca y poblada de Tucumán. Cañaverales, maizales y otras mil plantaciones cubren los campos, salpicados de gigantescos *pacaráes*, de derecho tronco y redonda copa; de *ceibos*, cuyo rojo fruto resalta entre la sombría verdura del follaje, de una rica variedad de árboles; verdaderos bosques de naranjos alternan con ellos; caminos festoneados de tunas se cruzan a través de la vegetación, transitados continuamente por jinetes; y a Poniente, tras la extensa zona de cultivos y ante la silueta azulada del Aconquija, en cuyas crestas blanquea la nieve, se van sucediendo los pueblos, de cuyo seno surgen altas torres amarillentas, de ladrillo, que a primera vista recuerdan las de las iglesias de las antiguas ciudades europeas. Son chimeneas de ingenio.

El de «La Caridad» levanta su blanqueada masa de construcciones cerca de Lules, a la vista de tres ó cuatro más que humean todo el invierno. Lo visité a principio de temporada y lo encontré en plena actividad. Desde la entrada se andaba entre enormes pilas de caña, que los paisanos venían a engrosar constantemente con sus carros cargados. Al final abríase una plazoleta cruzada por carriles de trocha angosta, por los que el producto elaborado era acarreado en vagonetas a la estación. A la derecha extendíanse en gran semicírculo los *ranchos* de los peones; a la izquierda se elevaba la mole del edificio principal.

Fuera, como dentro, la peonada trabajaba sin descanso. Los trapiches, alimentados sin cesar, estrujaban la caña, devolviendo un torrente de orujo blanco, completamente reseco, mientras el jugo pasaba a las enormes calderas abiertas que varios hombres iban espumando con grandes cucharones de madera. El caldo podía así pasar a los triples, tres enormes depósitos cilíndricos, donde por ebullición se reconcentraba, obscureciéndose a la vez hasta adquirir un tono rojizo y una espesa consistencia. El maestro de azúcar, desde una alta plataforma, vigilaba atentamente la operación y ordenaba abrir ó cerrar las comunicaciones entre los diferentes depósitos, hasta que la miel fluía viscosa por los canales a los secaderos, donde se convertía por lenta cristalización en azúcar moreno. Allí otro grupo de obreros llenaba y pesaba los sacos y los amontonaba en el almacén de donde partían las vagonetas.

De pronto el estrépito de la maquinaria fué dominado por un silbato penetrante prolongado, reforzado en seguida por otros análogos de los ingenios vecinos. Era el mediodía, la hora de renovar la tanda. Una nueva peonada iba llegando a tomar la labor en el punto en que se encontraba, y la de la mañana le cedía el puesto y se retiraba después de doce horas de trabajo no interrumpido. La naturaleza de aquella industria exigía que, encendidos los fogones al empezar la zafra, no se apagaran sino en la primavera, terminada toda la molienda. Cada ingenio tenía, pues, dos peonadas que se renovaban a mitad día y a media noche respectivamente.

Ganaba cada uno de aquellos hombres una pobre soldada de treinta pesos; y al revés de lo que suele suceder en las demás explotaciones industriales de la Argentina, eran todos gente del país. La inmensa mayoría llevaba en sus venas mayor ó menor cantidad de sangre indígena, muy lejos de agotarse aún en las provincias del Noroeste. Muchos tenían allí mismo sus *pagos*.

Había una tribu de chiriguano, venida de las fronteras del Chaco. Abundaban los santiagueños, que aún conservan el idioma quichúa. Algunos peones procedían de los valles de Catamarca y la Rioja y eran apacibles descendientes mestizos de los be-

licos calchaquies y huarpes del tiempo de la conquista.

Todos vestían traje gaucho: un *chiripá* listado de tonos pardos envolviendo los muslos y sujeto con un cinto, un *poncho* de parecidos colores abrigando el busto, en los pies las sencillas sandalias que llaman *ojotas*, y en la cabeza un informe chambergó descolorido. Complemento indispensable era un *facón* que brillaba bajo el cinto sobre los riñones, y

del *ranchito*. Traían un músico, y al son melancólico de la guitarra y de las coplas que aquél entonaba con voz cascada bailaban *cuecas* y *gatos*. En los intervalos se chupaba *mate*, se fumaban *chelas* y corría el ginebrón, *obligándose* unos á otros según la costumbre del país y alardeando de fuertes.

El comisario de la circunscripción era de los asiduos concurrentes, y había dejado traslucir en más de una ocasión sus intenciones respecto á la niña.

Francisco le tenía la peor voluntad. Una noche se trabó entre los dos el pugilato. Bebía el uno un sorbito y pasaba el vaso al otro diciéndole: «Le obligo.» Y el obligado tenía que apurar el resto para no quedar desprestigiado. La mala intención de los dos rivales dió margen para que aquella noche se cruzasen los *obligos* entre la concurrencia con más profusión que de ordinario. Se enardecieron las cabezas, menudearon alusiones, sintióse picado el pundonor y vino la catástrofe. Al final de una *cueca* el comisario quiso propasarse con la niña, y Francisco le cayó encima como un tigre. Relucieron los facones; se hizo coro alrededor, y el comisario cayó al suelo retorciéndose y apretándose el costado con las manos, que pronto aparecieron, á la luz de la luna, teñidas de sangre.

Francisco tuvo que ponerse en seguro y escapó á Guaja, junto al Chacho.

Para comprender quién era el Chacho, hay que recordar que, en el medio siglo que siguió á la insurrección de aquellos países contra la metrópoli, fueron teatro, sobre todo en sus provincias interiores, de una verdadera crisis social. El paisaje, que vivía diseminado en las llanuras inmensas al cuidado del ganado, y los descendientes más ó menos puros de las antiguas indiadas, que habitaban los valles, habían sido armados para defender la nueva causa, y al sentirse fuertes, despertáronse en ellos atávicos instintos, quisieron imponerse, interpretando la libertad y la autonomía á su manera. Semejante á los momentos de energía vital que suelen preceder á la muerte, en aquellos campos renació impetuosa la barbarie antes de extinguirse para siempre jamás. Hombres salidos de entre los campesinos, sin más condiciones que su guapeza y su astucia natural, reunían en torno suyo verdaderos ejércitos de gente entusiasta y se convertían en jefes de *montonera*, verdaderos *condottieri*, que intervenían en las contiendas de los partidos políticos, en las rivalidades del go-

bierno de Buenos Aires con las provincias, y acababan por imponerse á los funcionarios públicos, cuando no se erigían en gobernadores ellos mismos.

Uno de éstos era el Chacho. Los *llanistas* de la Rioja, gente pobre, para quienes eran habituales la dureza y privaciones de la vida del campo, lo seguían ciegame. La *montonera*, en masa ó dividida en partidas, cruzaba á caballo aquellas planicies tristes, cubiertas de un monte bajo de *garabato*, *uña de león* y otros arbustos espinosos, y corrían á las ciudades y á las estancias, á vivir del saqueo, de los rescates ó de la contribución que imponían por la fuerza.

Es la vida que llevó Francisco durante dos años. De su *china* sólo supo que la habían llevado los padres á Chile. Pero él se consoló pronto, sumido en la azarosa vida de aventuras, en la que presto adquirió fama de valiente.

Una vez llegó con su partida á aquellos campos de Tucumán, donde ahora trabajaba. Entonces no había allí ingenios ni plantaciones de caña. Mi huésped, que tenía en aquella época seis años, se hallaba con su familia en la estancia, cerca de Lules. Recordaba perfectamente los sobresaltos que pasaron al saber la llegada de la *montonera*: su madre lloraba, rezaba, lo abrazaba. Tuvieron que salir á una de caballo á ponerse en salvo en la capital, librándose con ello de la exposición personal y del fuerte rescate que, cuando menos, se les hubiera exigido.

Cuando el Chacho fué derrotado por última vez y muerto poco después en Olta, Francisco cruzó la Pampa hacia el Sur en busca de nuevo asilo; vivió días y días haciendo la vida del *cuatrero*, carneando los animales de las estancias para comer, galopando largas horas para encontrar una aguada y fué á parar á la toldería del cacique Baigorrita en el país de los *Ranqueles*. Con aquellos indios vivió más de quince años, acompañados á los *malones*, hasta que en la campaña del año 80 cayó prisionero de los cristianos



SENCILLEZ, cuadro de José M. Tamburini (Salón París)

con el cual descortezaban la caña para chuparla, cortaban el asado y acreditaban la guapeza, cruzándose mutuamente la cara de chirlos cuando el alcohol los animaba á ello. De tez bronceada, ojos pequeños, negros y vivos, pómulos pronunciados, pelo negro y rígido y barba rala, que á muchos sólo les crecía sobre los extremos del labio y en el mento, iban desfilando despacio, silenciosos, con sus fisonomías dulzonas, resignadas, saludándonos respetuosamente al pasar, y se alejaban liando cigarros de *chala* y encaminándose á las *pulperías*.

— Aquel que va allí, me dijo el dueño del ingenio, señalándome á uno de sus obreros, es un hombre famoso. Encarna toda una época de la historia de estas provincias.

Lo llamó:

— Ño Francisco.

Este se acercó. Era un viejo de barba rala y canosa. Nos saludó humildemente.

— Ahí tiene usted un valiente, me dijo mi huésped. Y luego á él:

— ¿Se acuerda del *Chacho*, amigo?

— ¿Cómo no?, patrón, contestó, sonriendo ligeramente, chispeando de alegría por las niñas de sus ojos negros.

**

Durante la comida, mi huésped me contó la historia de Francisco.

Era éste de Amilgancho, en la Rioja, muy lejos. Muerto su *tata* en los revueltos tiempos de Facundo Quiroga, vivía con la *vieja* en un pedacito de tierra donde tenía su rancho y algunas cabras, y quería á una *chinita*, la flor de las *morochas*, que traía vuelta á toda la muchachada de aquellos *pagos*. A la entrada del de la niña veíase todas las noches un grupo de caballos maneados. Eran de Francisco y otros, que iban allí á pasar la velada bajo el alero

El coronel del regimiento era precisamente riojano, y por esto había conocido á la familia de Francisco.

Cuando supo la historia de éste, le otorgó su protección. Francisco pudo volver á la Rioja y entonces se fué á vivir con su sobrino casado, que tenía su *pago* cerca de la capital.

Las cosas habían cambiado. Los paisanos, en vez de formar *montañas*, iban hoy á trabajar á las *estancias*, á las minas, á las ciudades.

Tío y sobrino eran pobres, y ahora, cuando llegaba el otoño, cruzaban la inmensa *travesía* para buscar trabajo en los ingenios de Tucumán.

Con esto terminó mi huésped su relato.

**

El día siguiente volví á ver á Francisco. Aquel hombre que había pasado la vida paseando su guapeza por las inmensas llanuras argentinas, que casi tuvo en la mano la vida y hacienda del que hoy era su patrón, inclinaba la cara atezada y rugosa coronada de canas, doblaba su huesudo y enjuto cuerpo de viejo, trasportando, durante doce horas seguidas, haces de caña de los carros á los trapiches para ganar un mezquino jornal. Como tantos otros de sus compañeros, había sido vencido por la industria, la terrible domadora de pueblos y pacificadora del mundo, ante la cual la barbarie se estrella impotente.

EMILIO H. DEL VILLAR.

EL DIABLO DEL ALCOHOL

Jamás he podido dar con la razón que me impulsó á penetrar por primera vez en aquel café, que por lo obscuro y triste ofrecía bien pocos atractivos. Ello es que entré, sentéme en un diván, que daba indicios de su vejez por lo raído, y los confirmaba dolorosamente con lo duro, y vi presentarse, sin que

me tomara la molestia de llamarle, á un mozo melancólico, calvo y flaco, el cual á petición mía llenaba al poco tiempo una taza de cierto líquido negro y amargo, servido bajo el engañoso nombre de café, pero tan poco semejante al aromático producto, como un muñeco del *pim, pam, pum* á una escultura de Montañés. Alejóse el camarero (no á servir á otro, sino á sentarse, pues era yo el único

La llama empezó por surgir, leve y vacilante, de una arista del prisma formado por el terrón; extendióse después, como queda dicho, por todo el líquido, y creció infinitamente hasta el punto de que su extremo parecía tocar el techo del café: aquel extremo adquirió un tinte rojo muy subido, y quedó convertido en un gorro enorme y puntiagudo, bajo el cual vi aparecer en la llama una frente alta y surcada



AL SALIR DEL BAÑO, cuadro de Francisco Masiera

parroquiano que había en el local) y fui trasegando lentamente á mi estómago el brebaje, cuya composición química debía de ser curiosísima y cuyo sabor constituía una sensación tan nueva como desagradable para mi paladar. Terminada la penosa tarea, vertí sobre el terrón de azúcar que en un platillo quedaba la suficiente cantidad de ron para que el susodicho platillo se llenara, é intenté prenderle fuego, operación cuyo logro fué difícil, pues la primera cerilla que saqué de la caja no tenía cabeza; cayósele ésta, sin arder, á la segunda y tercera, al primer roce con la lija; la cuarta se encendió rápidamente y se apagó con igual celeridad, y la quinta ardió con exceso, porque se corrió el fuego cerilla abajo hasta abrasarme los dedos, por lo cual la solté en el acto, soltando de paso una exclamación tan enérgica como poco parlamentaria. Alcanzó por fin mejor éxito la sexta tentativa, y aplicado el fuego á un pico del terrón, extendióse al punto por éste y por todo el platillo una llama azulada, cosa naturalísima, y que por lo mismo no hubo de causarme admiración alguna; pero, apenas pasado un segundo, apareció ante mis ojos uno de los más prodigiosos espectáculos que ha presenciado la vista humana; no sé si fué *realidad física ó extravío de la imaginación fervida*, como decía el poetastro tuerto cazado por Mercurio en la *Derrota de los Pedantes*; pero, dado lo seco y poco lozano de mi fantasía, debió de ser hecho real, aunque inexplicable, lo que entonces tanto me asombró y ahora, después de no pocas dudas, me decido á relatar.



Esquileo, cuadro de Joaquín Agrassot

por arrugas innumerables, pobladas y cerdosas cejas rojizas, ojos verdes cuyo brillo excedía á cuanto pudiera imaginarse, nariz descomunal y colorada de anchísimos agujeros, adornada con tremenda verruga, boca que ocupaba todo el ancho del rostro, y cuyos labios contraía risa sardónica que dejaba al descubierto una cantidad incalculable de dientes muy estrechos, muy blancos, muy largos y muy agudos. Y la llama seguía moviéndose, y á cada movimiento cambiaban de sitio las arrugas, frunciéndose las cejas, giraban los ojos en las órbitas, palpitaban las alas de la nariz, subía y bajaba la verruga, agitábase las mandíbulas con la risa, y castañeteaban los dientes.

El espanto me había clavado en el diván, quitándose habla y movimiento; y á todo esto, no obstante el inmenso desarrollo de la llama, ni el encargado del mostrador, que con los ojos muy abiertos contaba dinero (poco, por cierto) sobre el mármol, ni el camarero que, tristemente sentado en una silla, canturreaba una marcha fúnebre, aprendida sin duda al nocturno aporreador de teclas, parecían darse cuenta del prodigio.

Después, de la parte inferior de aquella cara terriblemente grotesca brotó luenga y enmarañada barba, en la cual aparecían todos los colores y matices del pelo, mezclándose la nieve de las canas con que la ancianidad, el trabajo y el pesar cubren la cabeza, al oro que suele brillar en los cráneos infantiles; y no faltaban allí mechones negros como ojos africanos, junto á otros de color rojo ardiente, de suave rubio ceniciento ó de los innumerables tonos del castaño. Tal barba cubría en parte una como ropa talar que bajaba en artísticos pliegues hasta la base de la llama, y dejaba asomar por abajo dos retorcidas puntas, que parecían ser lo único visible de los pies del monstruo. Los brazos, largos y descarnados, surgían de unas mangas flotantes y terminaban en manos de inverosímil flacura (cuyas uñas tenían no menos inverosímil longitud), que en el aire descompuestamente se agitaban.

El terror que me dominaba llegó al colmo cuando la figura inclinó de pronto hacia mí la flamígera testa y me dirigió la palabra: nada comparable al efecto que me produjo su voz, cascada como la del más decrepito viejo, y estridente á la vez como la nota más aguda de un clarín. Ningún sonido de la naturaleza podría servir para término de comparación con voz tan ingrata, que tanto daño hacía al tímpano como á los nervios.

Y dijo lo siguiente:

—Mírame con espanto, y en lo erizado de tu cabello, lo desencajado de tus ojos, lo convulso de tus facciones, lo tembloroso de tus manos, me das numerosas pruebas del pavor que te inspiro. Y sin embargo, no sabes aún á punto fijo quién soy, y más procede tu miedo del instinto, temeroso de lo extraordinario y desconocido, que de la razón, alarmada ante un peligro concreto. Más deberás temerme cuando me conozcas, y sepas que soy uno de los más terribles enemigos del humano linaje. No hay cólera ni peste que tantas víctimas haya causado á tu raza, ni las guerras en que casi sin interrupción habéis andado enredados los hombres desde vuestra aparición en el planeta pueden comparar sus estragos con los hechos por mi influencia. Oís con temor y hasta con necia admiración repetir los nombres aborrecibles de Alejandro y de Timur-Leuk, de César y de Napoleón, y de otros famosos debeladores de ciudades y verdugos de muchedumbres (tanto más excelsos para vosotros cuanto más sangre hayan vertido), y mayores destrozos produzco yo que ellos en la humanidad; cuando ésta es lo bastante estúpida para erigir estatuas y entonar himnos en loor de los grandes bandidos históricos que la diezmaron, justo será que se eleve algún día en mi honor suntuoso monumento simbólico, y surja un poeta que me consagre el más ferviente de los ditirambos. Junta con los seres inmolados por aquellos monarcas á los que perdieron la vida por las diferencias religiosas, ora cuando perecían en el circo y en las cruces los primeros cristianos, sacrificados por los gentiles, ora cuando el olor de la abrasada carne de herejes y judaizantes deleitaba el olfato de los inquisidores; ya cuando Carlos IX arcabuceaba á los hugonotes, ya cuando Luis XIV acuchillaba á los camisardos;

lo mismo cuando Felipe II ensangrentaba los Países Bajos, que cuando Calvino acababa con Miguel Servet. Suma con ellos á los que cayeron á millares en América, á los súbditos de Atahualpa y Moctezuma, muertos por aquellos aventureros feroces, ansiosos de oro y sangre, cuya crueldad y codicia, no saciadas con el exterminio y el despojo de los naturales, les hicieron destruirse mutuamente. Añade á esa suma la de cuantos por innumerables causas fenecen aún hoy á todas horas en los campos de bata-

para que arrastre el líquido las innumerables moléculas de carbón que halle en la garganta. Siervos de mi poder encontrarás en el elegante casino; con immaculadas pecheras, cuidadas barbas, cintas ó gardenias en los ojales, brillantes en los dedos, habanos en la boca, absorberán el *bitter* ó el *vermouth*, el *kummel* ó la *fine champagne*, antes ó después de que otro compañero mío los haya reunido en torno á las mesas de *baccarat* ó de *trente et quarante*; también los hallarás en la taberna, revueltos los pelos, abier-

tas las camisas, sucias las manos, apesetosos los pies, remendada la ropa, con el *medio chico* ó la *lamparilla* al lado, mientras discuten á fuerza de ternos alguna difícil jugada del tute arrastrado ó del mus. Forman legión los que impacientes aguardan el momento llamado por los parisienses la *hora verde* para alzar en honor mío la copa del ajeno, eficazísimo instrumento de mi potencia destructora, y los que..., pero ¿á qué seguir enumeración tan prolija? Repetiré que es infinito el número de quienes viven sujetos á mi imperio, como infinito es mi arte para atormentarlos. Porque lejos de herirlos á todos de igual manera, dispongo de inagotable serie de martirios y sé variar hábilmente los ataques con que hago la guerra á su existencia. Dilatando ó encogiéndolo, según me place, el estómago del bebedor, cierro violentamente el manantial de sus jugos y me divierto en someter el paladar á las más absurdas aberraciones del gusto; otras veces agrádame acometer al sistema circulatorio, y adquieren morbosa rigidez las arterias, cuyas membranas llenas de úlceras; cuando dirijo mis golpes al hígado, ó lo hincho y congestiono, haciéndolo causar terribles dolores, ó lo aprieto y endurezco, convirtiéndolo, por la cirrosis, en masa petrificada; acumúlome frecuentemente en los riñones, siémbrolos de quistes, y llevo á ellos la nefritis y la albuminuria; gusto también de producir irritaciones crecientes en el pulmón, y lo desgarró con secas tomas para abrir en él las cavernas donde anida el tubérculo. Pero nunca empleo tan á satisfacción mi poder maléfico como cuando trastorno y entenebrezco el cerebro, el más noble órgano humano, manantial de la idea, centro del sistema nervioso, cuyo desorden es una de mis obras predilectas: duerme mi esclavo, y le someto á los horrores de la pesadilla; ya siento peso intolerable sobre sí, y al creer abrir los ojos sobrecógele la aparición de quimérico monstruo de membranosas alas, pestífero aliento, ojos flamígeros, escamosa piel y aceradas garras, con las cuales oprime el jadeante



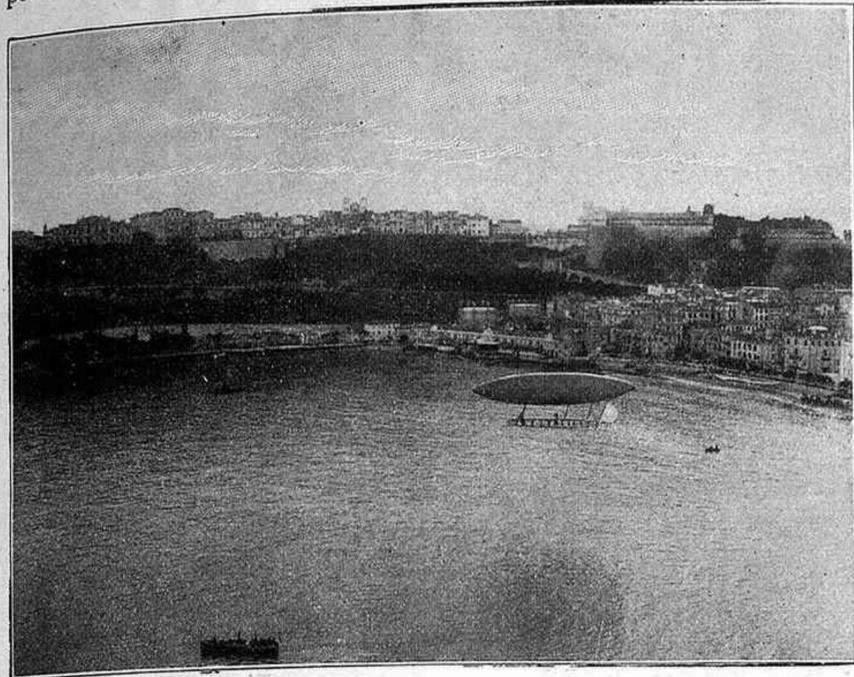
INSTINTOS BÉLICOS, dibujo de Jorge Varian

pecho de la víctima; ya se encuentra embutido en estrechísimo y obscuro túnel, por el cual ha de arrastrarse en el fango, que á cada paso amenaza ahogarle, y sintiendo rozar con su cara la piel fría de los reptiles; ya se siente despeñado de lo más alto de un tajo, en caída que nunca se acaba, y que hiel el cuerpo con el sudor del espanto; ya se ve perseguido por enemigos tan feroces como numerosos, provistos de todo género de armas, que le enardecen con amenazas de muerte y acortan á cada momento la distancia que de ellos le separa, á pesar de la desesperada velocidad de su fuga; ya se halla en la escalera del patíbulo, ve estremecido el siniestro palo que se yergue en el tablado, mira relucir el anillo que ha de triturarle las vértebras, y se rebela y lucha con los verdugos que le arrastran peldaños arriba... Y cada noche trae un tormento distinto, y en vez del reposo necesario, mayor quebrantamiento y cansancio. Y hay muchos que, sujetos á mi acción, padecen torturas semejantes, pero no durmiendo, porque es para ellos la noche repetido insomnio, poblado de alucinaciones, pródigo en fantasmas que se presentan siempre bajo apariencia grotesca y terrible á la vez; y ante la vista de los desdichados danzan vestiglos con las caras contraídas por mueca horrenda, y en sus oídos resuenan aullidos lúgubres, estridentes relinchos, silbar de serpientes y gruñir de puercos, y nota su olfato los hedores más asquerosos. No más afortunado que éstos es el que entrego á los estragos del *delirium tremens*, en el cual los extravíos del sentido llegan al colmo del horror, y mientras atormentan al espíritu las más calenturientas visiones, retuércese el cuerpo en los desordenados movimientos de la convulsión.

lla del mundo, y no llegará el total de tanta víctima al conjunto de las mías. Numerosos somos los diablillos que, empeñados en inacabable lucha con el hombre, perseguimos la empresa de empobrecerle la sangre, degradarle la inteligencia y envilecerle el alma; pero puedo afirmar, con el más legítimo orgullo, que ninguno se da tanta maña para el caso como el que se halla ante tus ojos, adoptando forma que le permite hacerse visible á tu imperfecta naturaleza. Aun los más próximos parientes míos, los diablillos del opio, del haschich, del éter, de la morfina, que no contribuyen poco al logro del empeño en que andamos interesados, se guardarán muy bien de comparar el resultado de sus amados esfuerzos con el conseguido únicamente por mi virtud. Así lo proclamé, arrebatado por irresistible impulso, una de mis víctimas más preclaras, el originalísimo americano Edgardo Allán Poe, cuando escribía: *¿Qué demonio es comparable al alcohol?* Ese es mi nombre, que rato ha debes de haber conocido. Cada uno de esos colegas y afines míos suele ejercer su influjo en determinados lugares y sobre determinadas gentes: mi dominio se extiende por ambos hemisferios y no reconoce distinción de sexos, ni de edades, ni de fortunas. Tan esclavo mío es el príncipe real que saborea á lo gastrónomo los licores más selectos, quizá destilados para su solo uso, con exquisito cuidado, tal vez enviados á su excelsa persona con todo género de precauciones, desde lejanas tierras, como el minero que, después de largas horas pasadas en golpear el filón de hulla, acurrucado en estrecha galería, temiendo á cada instante la mortífera explosión del *grisú*, sale del pozo parpadeando y se echa al cuerpo trago y más trago de infernal aguardiente,

Embotado su entendimiento, inerte su voluntad, perdida su memoria, dejó á unos aherrojados por la

la que se refieren los dos grabados que en esta página y media de la mañana salió el globo del cobertizo de la Condamine, entre Mónaco y Monte Carlo, y se elevó á unos seis ó siete metros antes de que el motor empezara á funcionar.



Evoluciones del globo «Santos-Dumont» en el puerto de Mónaco

Con marcada lentitud primero y con mayor rapidez después, emprendió el aerostato la dirección de la bahía, cerniéndose casi inmóvil por encima de las aguas, mientras el aeronauta arreglaba el aparato equilibrador y también la cuerda de arrastre.

El yate *Varuna* y una chalupa de vapor seguían al globo, y éste, aunque no llevaba toda la velocidad de que es susceptible, dejó fácilmente atrás aquellas embarcaciones, dió varias veces la vuelta á la bahía, hizo algunas evoluciones y volvió á su punto de partida.

al puerto de Hércules, pasando por encima del Casino de Monte Carlo y por el Tiro de Palomos, en donde M. Santos-Dumont fué calurosamente aclamado, y penetraba en el cobertizo de la Condamine.

Este cobertizo es el punto de cita de todas las celebridades que pasan el invierno en la Costa de Azur. Una de las visitas más interesantes y más inesperadas ha sido la de la ex emperatriz Eugenia.

Desde hace treinta años, la viuda de Napoleón III ha llevado una existencia absolutamente retirada, casi claustral; de cuando en cuando se sabía que procedente de Inglaterra atravesaba París para dirigirse á orillas del Mediterráneo; pero una vez llegada allí, no se volvía á oír hablar de ella, y los esfuerzos realizados por algunos de sus antiguos leales para verla no daban resultado alguno.

En la villa de Cyrnos, residencia de la ilustre dama, nada denunciaba su presencia. La ex emperatriz sentía horror y miedo sobre todo á la fotografía; y si á pesar de todas sus precauciones veía fijado en ella un objetivo, un ademán brusco burlaba toda la estrategia del operador, que sólo encontraba en su placa una silueta borrosa.

Por esto fué grande la sorpresa en Mónaco y en todo el litoral cuando se supo que la ex soberana había manifestado y realizado el deseo de visitar el aerodromo de M. Santos-Dumont. Llegó allí cuando la concurrencia en el cobertizo era muy numerosa, acompañada de M. Franceschini Pietri y Mlle. de Allonville.

parálisis, despeno á otros por el abismo de la locura, lanzo á muchos al camino del crimen y del suicidio, que infinitas son las manos en que puse el puñal con que se había de verter la ajena sangre, ó la cuerda destinada á apretar el propio cuello. Y no me contento con la degradación y la muerte de mis siervos, por innumerables que sean: necesito algo más; les hago dejar tras de sí lamentable herencia de su vicio, y cada uno de ellos lega perpetuo recuerdo á sus descendientes, creando generaciones de estúpidos, neuróticos, raquíticos, epilépticos y degenerados de todas especies.

Tal es mi obra, y contribuyendo á ella, de frutas y granos que la tierra con prodigalidad produce para vuestro alimento, se aprovecha pérfidamente la codicia, convierte lo nutritivo en venenoso, y con aquellos elementos destinados al sostén de la vida, apresura la venida de la muerte. Para triunfo mío y daño del hombre, destíllase y embotéllase el espirituoso licor, y con infinita diversidad de nombres y apariencias, colores y supuestas propiedades, va esparciendo por todas partes gérmenes de ruina y desolación. Y cada día, llevando adelante mi conquista, ensancho la extensión de mi imperio, veo alzarse en honor mío mayor suma de millares de copas, y oigo el inacabable himno que, con enronquecida voz, ojos desmesuradamente abiertos, mirada de extraña fijeza, entrecejo arrugado y colgante mandíbula inferior, me dedica el sinnúmero de mis esclavos.

Calló la voz, sonó por última vez la sardónica risa, confundieronse y borráronse las líneas de la aparición, extinguióse súbitamente la llama, y cuando yo, enjugando el sudor que brotaba frío de mi frente, separé la vista del platillo, donde quedaba el terrón acaramelado, y miré en torno, el café seguía silencioso, el encargado del mostrador leía con atención un periódico, y sentado en un taburete el camarero, con las manos en los bolsillos, pegada á los labios la apagada colilla, extendidas las piernas, apoyada la flaca espalda en una columna, torcida la cabeza, roncaba tranquilamente.

ROBERTO ROBERT.

PRUEBAS VERIFICADAS

POR M. SANTOS-DUMONT EN MÓNACO

En el número 1.041 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta de los proyectos que el distinguido aeronauta M. Santos-Dumont, después de haber ganado en París el premio Deutsch, de 100.000 francos, se proponía realizar, construyendo para ello un globo de mucha más potencia que los anteriores y tomando como base de sus ulteriores operaciones el principado de Mónaco, en donde ha mandado levantar, junto á la playa, un cobertizo ó aerodromo á propósito para la construcción del globo.

La realización de estos proyectos ha comenzado ya con algunas salidas verificadas por M. Santos-Dumont, una de ellas el día 18 de enero último, á

Los experimentos de la tarde de aquel mismo día fueron aún más importantes y el éxito obtenido por el aeronauta excedió al que alcanzó en París el año pasado: después de haber evolucionado en todos sentidos y sin oscilaciones, por encima de las olas á una altura de diez á cuarenta metros, avanzó tan lejos mar adentro, que se creyó por un momento que había emprendido el viaje á Córcega que, como es sabido, figura entre los proyectos á que antes hacemos referencia; pero esa travesía no entraba aquel día en el programa. Así es que al cabo de media hora se vió que el aerostato viraba, y describiendo una curva de más de un kilómetro de radio, volvía



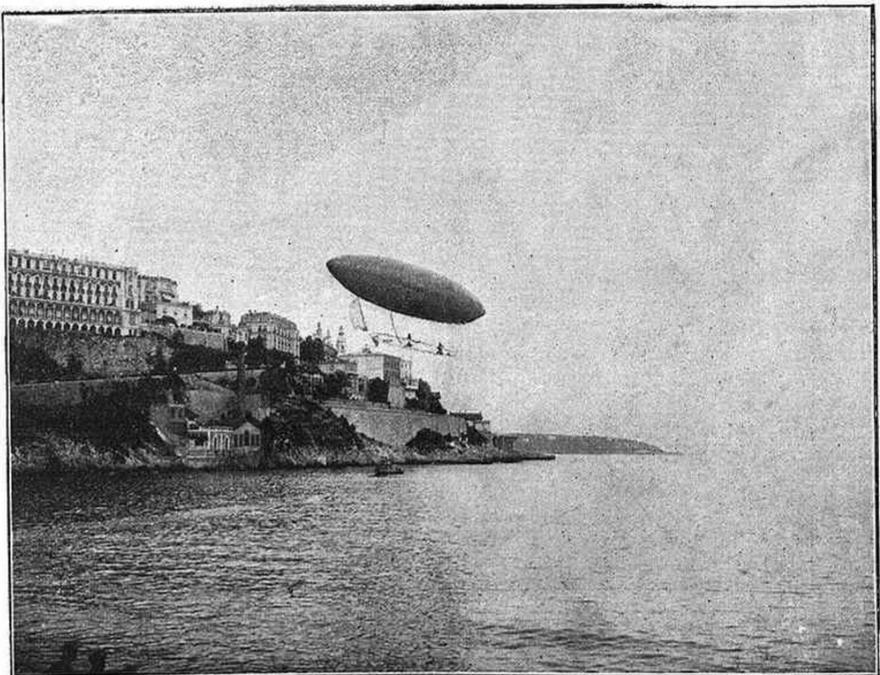
Visita de la ex emperatriz Eugenia á M. Santos-Dumont en Mónaco

Los que han conocido á la bella y graciosa dama que fué admirada por toda una generación, apenas la reconocerían en su estado actual. Y sin embargo, si las penas íntimas y los dolores físicos han causado estragos en aquella fisonomía en otro tiempo tan seductora, el conjunto de sus facciones ha conservado su aspecto regular, y su talle, tan derecho como en su juventud, denota un vigor poco común en una edad tan avanzada, pues la ex emperatriz cuenta, en efecto, setenta y seis años.

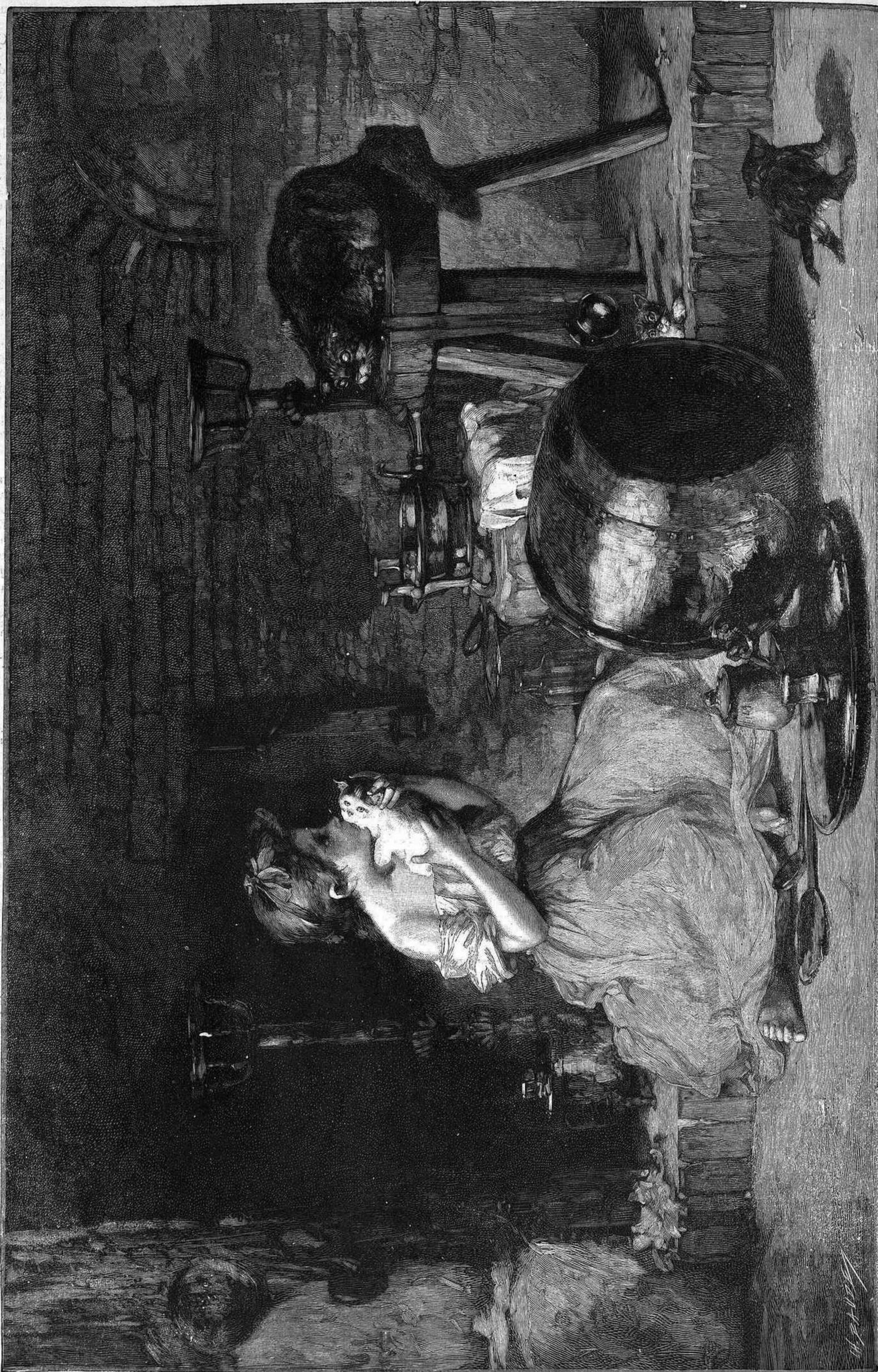
La visita de la ex soberana á M. Santos-Dumont duró cerca de una hora, y en ella el aeronauta dió cuantas explicaciones le fueron pedidas. Una porción de notabilidades pertenecientes á todas las clases, desde M. Ritt, gobernador general del principado, hasta M. Dausset, presidente del Consejo Municipal de París, y Enrique Rochefort, el antiguo adversario implacable del Imperio, se agruparon alrededor de la ex emperatriz, la cual, una vez terminada la visita, se despidió de M. Santos-Dumont, quien le ofreció que en una de sus próximas salidas llegaría hasta la villa Cyrnos. — M.

NUESTROS GRABADOS

Cabeza de estudio, cuadro de Simón Gómez. — Hablando de las obras de este notable pintor catalán, que murió en plena juventud y cuando se le ofrecía un porvenir brillantísimo, ha dicho un distinguido crítico: «se distinguían por un sello particular que recordaba el estilo de los más ilustres pintores españoles, tales como Velázquez y Ribera, sin que en ellas se advirtiese, empero, el afán de imitarlos ciegamente. El malogrado artista veía el natural con ojo certero y lo trasladaba al lienzo con una exactitud, vigor y seguridad de que son testimonio diversos lienzos suyos, especialmente las testas de estudio que los inteligentes en las Bellas Artes aplau-



Regreso del globo «Santos-Dumont» al punto de salida



OTRA CENICIENTA, cuadro de José Bail (Salón de los Campos Eliseos de París, 1901)



VANITAS, cuadro de José María Tamburini (Salón Parés)

dían siempre con entusiasmo.» Gómez cultivó con igual éxito distintos géneros, pudiendo citarse como prueba de la variedad de sus aptitudes lienzos tan hermosos como la *Traición de Judas*, adquirido por la Diputación Provincial de Barcelona, *Cristóbal Colón explicando sus proyectos á Isabel la Católica*, *La ponselleta*, *El jugador de dados*, *Una cantaora andaluza*, *Una fiesta flamenca* y un *Retrato de Alfonso XII*. La cabeza de estudio que reproducimos forma parte de la importante galería del inteligente aficionado barcelonés D. Isidro Llobet, á cuya amabilidad debemos el poder publicar una de las obras que mejor caracterizan la personalidad artística de Simón Gómez.

María Bonaparte Wyse.— Esta ilustre dama y distinguida escritora, que ha fallecido recientemente en París, era hija de Leticia Bonaparte y Sir Tomás Wyse, miembro del Parlamento inglés y ministro plenipotenciario de Inglaterra en



MARÍA BONAPARTE WYSE (MADAME RATTAZZI) recientemente fallecida en París

Atenas. Por parte de su madre era nieta de Luciano Bonaparte. Nació en Waterford (Irlanda) en 25 de abril de 1830, y en 1848, á su salida del Colegio de la Legion de Honor de Saint-Denis, en donde había sido educada, se casó con un rico alsaciano, el conde Federico de Solms, á cuya muerte contrajo segundas nupcias con Urbano Rattazzi, eminente hombre de Estado italiano. Al enviudar de éste contrajo matrimonio con D. Luis de Rute, político español, diputado á Cortes, ex subsecretario del Ministerio de Gobernación, que falleció en 1889. Dedicóse desde muy joven á la literatura, habiendo dirigido muchas y muy importantes revistas, como *Les Matinées d'Aix*, *Les Matinées italiennes*, *Les Matinées espagnoles* y últimamente la *Revue Internationale*, y publicado algunos tomos de notables poesías, como *Dupinade* y *Cantos de la desterrada*; muchas interesantes novelas, entre las que sobresalen *Mademoiselle Million*, *Le Piège aux maris*, *Si j'étais reine!*; varios ensayos dramáticos, é innumerables artículos de todos géneros que insertaron las principales revistas y periódicos literarios y políticos. Madame Rattazzi merece también un recuerdo como mujer de convicciones políticas: adversaria decidida de Napoleón III, que á su vez le prohibió usar el apellido Bonaparte, reunió en su casa á los patriotas, y se afirma que sus viajes á Italia no fueron ajenos á la política y que en la época de su segundo matrimonio influyó en la de aquella península.

Vanitas.— **Sencillez, cuadros de José María Tamburini** (Salón París).— Al reproducir en estas páginas obras de José María Tamburini, hemos observado el doble objetivo que siempre ha perseguido este meritisimo artista, quien no se ha limitado á obtener un resultado plástico, ya que ha puesto al servicio del concepto que ha tratado de dar forma, su habilidad como pintor y sus aptitudes artísticas. Hoy, con motivo de dar á conocer á nuestros lectores las dos producciones tituladas *Vanitas* y *Sencillez*, sólo podemos confirmar tales apreciaciones y llamar la atención acerca de las cualidades que una y otra revelan, manifestación evidente de las que posee este distinguido pintor catalán, en quien felizmente se aunan circunstancias especialísimas, á cuya posesión debe la justa fama alcanzada y la consideración de que goza.

Al salir del baño, cuadro de Francisco Masriera.— Sea cual fuere el asunto elegido, presentase Francisco Masriera consecuente con los cánones sustentados desde los comienzos de su carrera artística. A su persistencia, á la firmeza, debe la determinación de su personalidad, que ocupa lugar distinguido en el cuadro de la producción artística de nuestro país. Podrán ser discutidas sus producciones, podrán apreciarse sus obras de diversas maneras; pero aun aquellos que militan en antiética escuela, han de rendirse ante el hecho de reconocer su habilidad, su buen gusto y la distinción. Atraído por lo bello, subyugado por el encanto del color y de la forma, ha sido siempre devoto y ferviente cultivador del género especial á que nos referimos, y esta inclinación se manifiesta sin recato en todas y cada una de sus obras. La elegancia del trazo, la morbidez de las carnes y la calidad y valor de las telas y accesorios, ha logrado representarlas en el lienzo con rara maestría, con toda su belleza. Véase, entre otras producciones, la que reproducimos y se comprenderá la exactitud de nuestros juicios, prefiriendo que continúe en tal senda á intentar otros derroteros no sentidos, que le producirían vacilaciones y defectos que hoy no pueden imputársele.

Esquileo, cuadro de Joaquín Agrassot.— Ni la continuada labor, ni el transcurso del tiempo, producen mella en el decano y maestro de los pintores valencianos. Hoy, como ayer, continúa firme en su puesto, seguro de sí mismo y dispuesto todavía á dar muestras de sus inagotables energías y de sus cualidades, que han creado su reputación. Admirable efecto causaría poder reunir sus innumerables cuadros de costumbres valencianas, no sólo por su enseñanza, sino por la bellísima manera de dar á conocer la vida de un pueblo, tan digno de estudio, que ofrece caracteres tan distintivos, que el artista ha sabido presentar en forma agradable y simpática, con todas las galas que la naturaleza, los tipos y la luz ofrecen, elementos que constituyen el encanto de aquel privilegiado rincón de la península.

El esquileo es una bellísima página del hermoso libro dedicado á la región valenciana por el artista más justamente enalzado de aquel país, y nosotros al reproducirla, le tributamos nuestro aplauso y el testimonio de nuestro afecto y consideración.

Instintos bélicos, dibujo de Jorge Varian.— La profesión de las armas fué en otro tiempo la que consideraban como más digna las familias nobles y poderosas; de aquí que desde su más tierna infancia se educara á los niños para ejercerla en cuanto su cuerpo fuera bastante vigoroso para sostener el peso de una armadura y su brazo bastante fuerte para empuñar el escudo y blandir la espada ó la lanza. Además fomentábanse sus instintos bélicos con la narración de las hazañas por sus mayores realizadas, á fin de estimular en ellos el sentimiento del deber que tenían de continuar la tradición de su casa, añadiendo nuevos títulos y blasones á los que de sus antepasados heredaran. Tal es el pensamiento que ha sintetizado el dibujante inglés Jorge Varian en el bellísimo grupo que forman padre é hijo, aquél en actitud de contarle gloriosas gestas, y éste ensayándose en el manejo de la tizona.

Otra Cenicienta, cuadro de José Bail.— Cuantos conozcan el cuento en que está inspirado este cuadro, que de seguro serán todos nuestros lectores, porque ninguno habrá que no se haya recreado en su niñez con las interesantes narraciones de Perrault, apreciarán desde luego el valor de esta obra del notable pintor francés José Bail. La protagonista de este lienzo, como la del cuento aquel, se ve destinada por sus padres á las más humildes faenas y se pasa la vida en la cocina, mientras sus hermanas disfrutan de todos los halagos que el mundo ofrece á la juventud. Tal vez, recordando la historia de la verdadera Cenicienta, se complace en figurarse que de un momento á otro se le aparecerá la bondadosa hada que con su mágica varita la cubrirá de ricas vestiduras y la pondrá en magnífica carroza tirada por soberbios caballos y servida por cochero y lacayos con lujosas libreas, conducida por la cual llegará al baile en donde ha de encontrar al príncipe que más tarde la hará su esposa. ¡Pobre niña! Pasó el tiempo de las maravillas; y las únicas hechiceras que hoy podrán endulzar sus amarguras son tu imaginación infantil, que te fingirá en ensueños placeres y dichas irrealizables en la tierra, y la fe y la esperanza, que te confortarán con la certeza de que hay una madre que vela por las criaturas, como tú, desamparadas, y les tiene reservadas inefables y eternas venturas.

Mr. Tomás Sidney Cooper.— Este eminente pintor, que ha fallecido hace poco en Londres, nació en Cantorbery en 1803 y se educó en la mayor pobreza, por haber abandonado su padre á su familia. Fué aprendiz de carretero hasta que el pintor escenógrafo Doyle, viendo sus disposiciones para las bellas artes, le estimuló para que se dedicara al estudio del dibujo y de la pintura; algún tiempo después, Tomás Lawrence, presidente de la Real Academia, le hizo entrar en las escuelas á ésta anejas. Estuvo luego en Bruselas, en donde se casó, y en 1830, de regreso en Inglaterra, expuso su primer cuadro en Londres. En 1845 fué nombrado asociado de la Real Academia y en 1880 miembro de número. En su larga carrera artística ha producido innumerables cuadros al óleo, pasteles y dibujos, no habiendo cesado un momento de trabajar, siempre con el mismo entusiasmo y con igual maestría. Su nombre figurará entre los de los primeros paisistas ingleses del pasado siglo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— **BARCELONA.**— La casa F. Clará y C.^a en Cta., dedicada á la fabricación de aguas carbónicas esterilizadas, ha abierto un gran concurso internacional de tarjetas postales, cuyas principales condiciones son: el tema y el desarrollo serán enteramente libres, con tal que se referan á la fabricación de dicha casa y sean en colores; el tamaño de las obras habrá de ser adaptable al de las tarjetas oficiales, ó sea 14 x 9 centímetros; para optar á un premio es precisa á lo menos una colección de diez tarjetas, siendo preferibles las que formen colección por su materia ó tema, en cual caso habrán de ir numeradas, pudiendo llevar lemas, ó títulos cada una; el plazo para la presentación de los originales finirá el 15 de marzo próximo, á las seis de la tarde; los originales se presentarán en el domicilio social (Paseo de San Juan, 171, Barcelona); podrán tomar parte en el concurso artistas nacionales y extranjeros; se concederán dos premios, uno de 600 y otro de 400 pesetas, dos accésit de 150 y dos de 100.

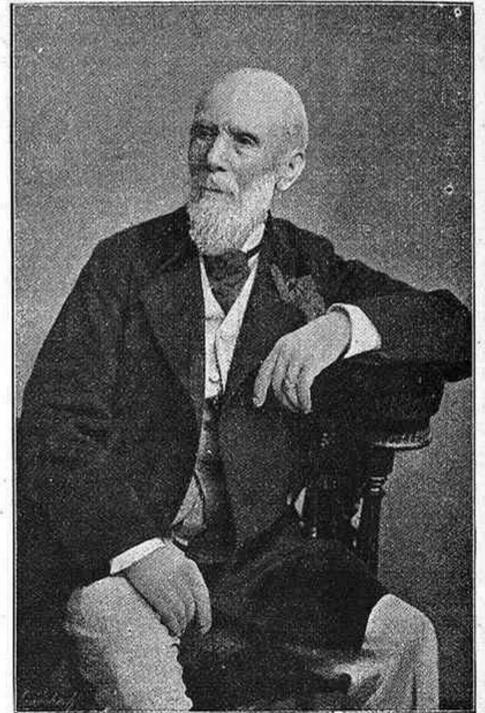
BERLÍN.— En el «Salón Schulte» ha expuesto el pintor español Anglada un cuadro, *Danza de gitanos*, que ha llamado poderosamente la atención de todos los inteligentes y ha merecido entusiastas elogios de la crítica, especialmente por su colorido, que califican de admirable.

Teatros.— En el teatro Real de la Comedia, de Berlín, ha dado con éxito extraordinario una serie de representaciones el célebre actor francés Coquelin (el mayor).

— En el teatro del Casino de Montecarlo se ha estrenado con gran éxito una nueva ópera de Messenger, titulada *Madame Chrysantheme*.

— En el teatro Municipal de Colonia se ha representado con aplauso la comedia de Antonio Hurtado de Mendoza *Los empeños del mentir*, arreglada á la escena alemana con el título de *Florio und Flavio* por los Sres. Schonthan y Koppel-Ellfeld.

Necrología.— Han fallecido: Gustavo Schauer, pintor de historia alemán. Carlos Luis Fahrbach, paisista alemán. Felipe Marchetti, compositor italiano, director del Conservatorio de Roma, autor de varias óperas, entre ellas *Ruy Blas*, que se ha cantado con aplauso en los principales teatros. Hugo Ziemssen, sabio clínico muniquense, director de la Clínica Médica de Munich y fundador del Instituto Clínico de aquella capital. Carlos Arendt, eminente sinólogo, profesor de Chino del Seminario Oriental de Berlín. Dr. Davidson, profesor de Hebreo y de Lenguas orientales de la Universidad de Edimburgo, doctor honorario de las Universidades de Cambridge y Oxford, verdadera autoridad en todo lo relativo á las escrituras del Antiguo Testamento. Emilio Hunten, celebrado pintor de batallas alemán, miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín. Schonborn, notable arquitecto norteamericano, autor de la gran cúpula del Capitolio de Washington. Agustín Ciasca, cardenal de la iglesia romana. Clemencia Royer, notable escritora francesa, muy conocida por sus obras económicas, filosóficas y arqueológicas, por sus



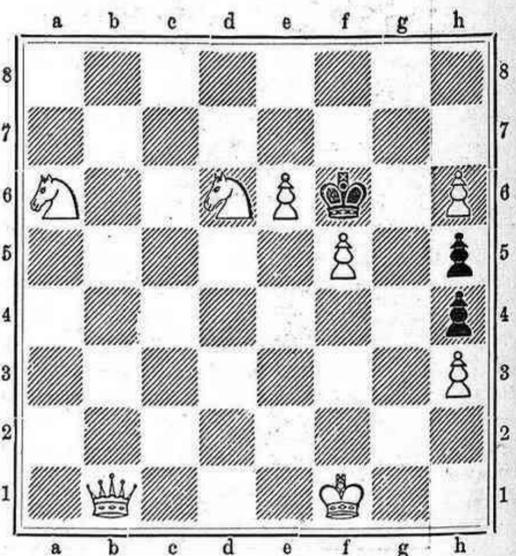
El eminente pintor inglés TOMÁS SIDNEY COOPER, fallecido en Londres el 7 de los corrientes

novelas y por sus artículos científicos, publicados en importantes revistas. Hermán Wolff, notable director de los conciertos de Berlín, fundador de los conciertos filarmónicos de Hamburgo. Federico Temple Hamilton Blackwood, marqués de Dufferin, ilustre diplomático inglés, ex gobernador general del Canadá, ex embajador en San Petersburgo, en Constantinopla y en París, y ex virrey de la India.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 270, POR G. E. CARPENTER.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 269, POR R. L'HERMET.

- | | |
|-------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Af6-h8 | 1. Cualquiera. |
| 2. D, T ó C mate. | |

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Tal benevolencia, á la que no se hallaba acostumbrada, trastornaba completamente la cabeza á la joven, que no comprendía la causa de ella; pero gozaba de sus beneficios, y por lo mismo, cuando hablaba á Gilberta no cesaba de alabar á su madre y á su hermano y repetía cuanto en elogio de su amiga habían dicho.

La señorita de Grandpré saboreaba con delicia las lisonjas de la adulación. Había empezado por escucharlas con desdenosa sonrisa, como una gata empieza á probar la leche; pero después, poco á poco, por costumbre, le entusiasmaban las lisonjas y gustaba de ellas con verdadera glotonería.

Tratada con cierta reserva por su madre, que temía el veneno de los elogios; pero mimada por su padre y por su hermano, que tenían con ella más condescendencia que verdadera intimidad, recibía las lisonjas de Emma como cosa que tenía bien merecida. El carácter de inferioridad que revelaba aquella adulación no se le escapaba del todo; pero era de aquellas personas que fácilmente aceptan el incienso de los inferiores.

La pobre Emma no tenía belleza, ni inteligencia, ni gracia, ni ninguna de aquellas cualidades que realzan á una amiga; pero quería sin reservas y alababa sin falsa vergüenza, y aquello bastaba á su aristocrática compañera.

Además á Gilberta no le gustaba el techo paterno; después de entusiasmarse sin medida al penetrar en él, ahora no encontraba todo lo que había soñado. Después del gran sarao, y á cambio de él, la baronesa había recibido cierto número de invitaciones y creyó de su deber acudir á todas las que valían la pena; así es que presentó á Gilberta en sociedad.

Pero, temiendo siempre que pudiese oír una palabra ofensiva que le recordase su pasado, Marta estaba continuamente intranquila, y las horas que pasaba en aquellas fiestas eran un martirio para ella, hasta el punto que, al llegar á su casa, por muchos esfuerzos que hiciera no podía escuchar con interés la charla de su hija, ni contestar siquiera á ella.

Aquella conducta reservada comenzó por admirar á Gilberta y acabó por enojarla; no era de aquel modo como las demás madres trataban á sus hijas. Alguna palabra que sobre aquel asunto soltó un día en la casa de su amiga de Egrigné, motivaron una explosión compasiva, y la frase «¡pobrecita!» sonó de nuevo en sus oídos. Gilberta quiso saber qué significaba aquella exclamación y se lo preguntó sin rodeos á su amiga.

Entre las cualidades que adornaban á ésta, la diplomacia no brillaba en primera línea, y hecha de sopetón aquella pregunta y no atreviéndose á repetir lo que acerca de la madre de Gilberta había oído decir á su familia cuando aún no la conocía á ella, quedó perpleja y sin saber qué contestar.

— En fin, sepamos lo que hay, dijo Gilberta impaciente. ¿Acaso alguno de mi familia ha cometido un crimen?

— ¡Oh, no!, respondió inmediatamente Emma con tono consternado. No puedo decir á usted de fijo lo que hay, porque yo misma no lo sé... Pero ya debe usted saber que su padre y su madre... En fin, que no se han reunido sino cuando ha salido usted del convento.

— ¡Bueno!, dijo Gilberta irritada, es que sus caracteres no congeniaban. ¡No es preciso ser muy lista para advertirlo! Y eso no creo que sea razón suficiente para que todo el mundo me llame «¡pobrecita!» ¿No dice usted nada? ¡Hable usted ó creere que ha mentado!

Muy asustada, Emma se dejó sonsacar y le explicó cuanto sabía, que no era mucho; es decir, le explicó que en la vida de su madre había un misterio, y que por eso Pablo no la había visita-

do nunca antes de haber vuelto á reunirse con su padre.

Hasta entonces Gilberta había escuchado con gesto desdeñoso, pero aquella última herida dió en lo vivo. Las tentativas que ella misma había hecho

porque había dejado notar su despego; contra su padre, porque en otro tiempo no había sabido arreglar las cosas de manera que no fuese posible comentario alguno.

No sabiendo nada á ciencia cierta y no pudiendo adivinar nada tampoco, se las arregló de manera que para su propio uso inventó una novela en que todo el mundo tenía culpa y ella pagaba la de todos. Rápidamente aquella cabeza de chorlito montó en cólera, y se dijo que para salir de aquella situación no había otra puerta que la del matrimonio, y le parecía que tardaba ya en casarse para acabar de una vez con tantas hablillas.

Lo que acababa de exasperarla era que se había imaginado que no terminaría la temporada de invierno sin haber recibido seis peticiones de matrimonio cuando menos, y veía con profundo pesar que ni de una sola había sido objeto.

Movida de un acceso de irritabilidad, Gilberta se decidió á interrogar un día directamente á su madre. No experimentaba ya por ella la tierna y cariñosa simpatía del verano precedente; antes bien, le profesaba un rencor incipiente que, combinado con el cariño que todavía experimentaba por ella, aumentaba su mal-estar cuando la hablaba.

¿A qué causa se debía que no se hubiera pedido aún su mano desde el principio del invierno? ¿Era que quizá no le habían dicho nada de alguna petición?

La baronesa, sorprendida primeramente, contestó después con gran sangre fría:

— No, Gilberta, dijo, nadie ha pedido todavía tu mano. Eres muy joven, demasiado joven para casarte, y nuestro deseo es que no entres tan pronto en la vida conyugal. Pero, si alguien se presentara, como estamos resueltos á dejarte en entera libertad, no dejaríamos de darte conocimiento de ello, á menos que...

— ¿A no ser qué?... repitió con viva curiosidad la joven.

— A no ser que... el pretendiente fuese indigno de ti.

Gilberta hizo un gesto de desagrado. Entendía que en aquel asunto era la principal interesada, y que, por lo tanto, ella debía decidir.

Ya algunas veces la señora de Grandpré había advertido un cambio en el carácter de su hija; pero jamás había imaginado que pudiera alterar sus sentimientos acerca de ella, y atribuía aquel cambio á la poca firmeza de ideas que tienen casi todas las jóvenes; mas aquella vez adivinó, á pesar suyo, que algo pasaba en el alma de su hija, á juzgar por el tono agresivo y el lenguaje irrespetuoso que usaba con ella. Aquella observación la hirió en lo más profundo de su alma.

¿Acaso el sacrificio que habían hecho los padres resultaría estéril para la hija? Con abdicar su altiva y dolorosa independencia, ¿habría desmerecido, acaso, á los ojos de ella? ¿Le habría dado de aquel modo facilidad para saber lo que esperó poder guardar secreto? Secreto, por lo menos, hasta que Gilberta hubiese llegado á ser una mujer aleccionada ya por la experiencia y en estado de comprender y perdonar.

La orgullosa dama conoció en aquel momento que un día tendría necesidad del perdón de su hija, como necesitaba el de su hijo, y que la realidad derribaba sus esperanzas. Gilberta, niña todavía, ¿creyese con derecho á juzgar á su madre? ¿Qué boca sacrilega se había atrevido á revelar la falta de la madre á la hija todavía inocente?

Todas aquellas reflexiones habían acudido á la mente de la señora de Grandpré con extremada rapidez. No queriendo ni pudiendo profundizarlas, contestó á su hija con dulzura, pero con una firmeza que todavía enojó más á Gilberta.

Esta se hallaba en la situación más extraña que darse pueda respecto de su madre. La amaba toda-



No, Gilberta, dijo, nadie ha pedido todavía tu mano

para interrogar á su hermano le habían dado un resultado tan negativo, que renunció á proseguirlas. Todo, pues, resultaba claro y era imposible negar la evidencia. No cabía dudar que, á pesar de las muestras de respeto y de consideración que en público le daba, Pablo no amaba á su madre.

Entonces ¿era verdad que había un misterio? Gilberta no trató de descubrirlo, y le pareció ya demasiado que se pudiera juzgar así á su madre. No experimentó casi ninguna indignación contra los que de tal modo la acusaban, antes bien se sintió profundamente humillada al pensar que era hija de una mujer de quien se hablaba de tal modo. Hizo prometer á Emma que guardaría el más absoluto secreto acerca de aquella conversación, y la pobre muchacha le prometió cuanto quiso, con la firme intención de cumplir su palabra; pero aquella noche misma, antes de que hubiera pasado media hora, y gracias á hábiles preguntas de su madre, había revelado á ésta cuanto había de verdad sobre este asunto.

Emma esperaba recibir una repulsa; pero, con gran admiración por su parte, su madre se contentó con mandarle que no hablara más de ello, y la abandonó á sus remordimientos.

Gilberta, durante dos ó tres días, sufrió cruelmente. A imitación de su madre, trató de escuchar cuanto se decía á su alrededor; no oyó nada, pero no por ello dejó de sufrir menos. Sentía cólera contra todos: contra su madre, porque se había creado aquella situación embarazosa; contra su hermano,

vía y hubiese dado mucho por oírle decir: «Nada de cuanto te han dicho es verdad.» La hubiese creído sin vacilar, se hubiera echado á su cuello y desde entonces quizá la adorara.

La necesidad de ocultar lo que sabía ponía á Gilberta en continua agitación, cuyo signo característico era el descontento. Hasta entonces había contestado alguna vez con poco respeto, pero ahora se rebeló de veras.

— ¡Yo no quiero misterios en mi vida!, exclamó la joven con tono duro.

El efecto producido por aquellas palabras asustó á la madre más de lo que es decible. Súbitamente pálida, agitaba los labios sin poder proferir una palabra y miraba á su hija con ojos de profundo terror, mezclado con una gran compasión.

— ¡Perdón, mamá, perdón!, exclamó la imprudente precipitándose hacia ella.

La mano de la baronesa la detuvo en su impulso. La baronesa de Grandpré había recobrado la palabra.

— Por esta vez te perdono esas palabras, dijo con voz tan cambiada que hizo estremecer á Gilberta; pero procura no empezar de nuevo, pues no lo sufriré.

Su madre había hecho como que no la entendía, y Gilberta, en vez de agradecerse, se enojó más. ¿La tratarían siempre como una chiquilla? Besó fríamente la mejilla de su madre, y un momento después se refugió en su cuarto para desahogar su mal humor.

Emma llegó al cabo de poco rato, y Gilberta, sin revelar nada de lo que había sucedido, se le quejó de que la trataban con demasiada dureza. Su amiga la compadeció de todo corazón, y bruscamente su inteligencia obtusa formuló esta pregunta:

— ¿Por qué no se casa usted?

Aquella desdichada interrogación estuvo á pique de hacer estallar la cólera de Gilberta, que se contuvo, sin embargo, y dijo:

— Sí, me casaré; ya estoy cansada de estar aquí.

Antes de las ocho, Luis y su madre sabían esas palabras y ese disgusto de la heredera. La señora de Egrigné comprendió que la situación era grave y que debía obrar sin tardanza. Acto seguido dictó una carta á su hija, invitando á su amiga á pasar la tarde del día siguiente con ella, y á trabajar juntas en una labor para una tómbola de beneficencia.

XI

Nunca había sospechado la señora de Grandpré que detrás de la insignificancia de Emma se ocultara aquel hermano que hacía la corte á su hija y que tenía el plan de casarse con ella. Es verdad que Luis procuraba asistir á todas las reuniones donde iba la que consideraba su futura esposa, que no bailaba sino con ella, que le daba conversación y la miraba con ojos rendidos; pero esto lo hacía de manera disimulada y procurando que no lo advirtiera la baronesa. Con una madre menos preocupada que lo estaba la señora de Grandpré, esas precauciones hubiesen sido seguramente inútiles, pero la baronesa no advirtió nada.

Así es que no tuvo ningún reparo en dejar ir á su hija á casa de la señora de Egrigné, accediendo al deseo manifestado en la carta, y allí encontró Gilberta otra porción de jóvenes ocupadas en coser pelotas y otros objetos propios para una tómbola. Desaparecieron al cabo de un par de horas las demás muchachas, y aquella se encontró sola con la señora de Egrigné, pues también Emma se había retirado con un pretexto cualquiera, y la madre de Luis, haciendo sentar á Gilberta en un ancho sillón, empezó á hablarle confidencialmente.

— Querida hija, le dijo, ¿me permite usted que le dé ese nombre afectuoso? No puede usted pensar cuánto la quiero. ¡Sí! ¿Eso la admira? Lo comprenderá usted de aquí á un momento. Desde que la he conocido ha ido usted ganando poco á poco y por entero mi corazón. Emma la quiere á usted como si fuera su hermana. Esto me ha sorprendido al principio, porque no había visto nunca á mi hija demostrar tanta amistad por ninguna de las jóvenes que ha conocido en sociedad. Después, por lo que me contaba, he podido comprender el grado de afición que usted le ha inspirado y que merece.

Gilberta escuchaba con los ojos bajos y con la modestia propia de aquel que recibe á boca de jarro lisonjas desmedidas. La señora de Egrigné tomó aliento, y continuó:

— Esa amistad que mi hija profesa á usted y que ha sabido hacerme compartir, nos ha causado ya muchos disgustos... Prefiero hablar á usted con entera franqueza, pues no puedo soportar la duda. Ayer dijo usted á Emma que iba usted á casarse.

¿Me permite que le pregunte si ese proyecto de matrimonio está muy adelantado?

— No, contestó Gilberta que no menta.

— Es que... perdone usted á una madre... (Aquí la señora de Egrigné se deshizo en lágrimas)..., si la elección de usted está ya hecha, si su resolución es irrevocable... ¡mi hijo... morirá!

Aun cuando ahogadas por el pañuelo de la tierna madre, estas últimas palabras habían sido pronunciadas de manera que Gilberta las oyera distintamente.

Cuando se tienen diez y ocho ó veinte años, nada es tan halagüeño como ser la causa de la muerte de un joven, sobre todo cuando goza todavía de cabal salud. A falta de caridad, la simple cortesía parece exigir que se impida esa muerte ó siquiera se evite que sea repentina. Gilberta, pues, explicó á la señora de Egrigné que su hijo no estaba en inmediato peligro.

La excelente señora dió gracias con efusión á la hermosa boca que pronunciaba palabras tan consoladoras, y movida de la dicha que sentía al verse así tranquilizada, espetó á Gilberta una prodigiosa cantidad de frases, algunas de las cuales maldito lo que tenían que ver con el amor de Luis. Como la buena señora tenía habilidad y paciencia felinas para conseguir sus propósitos, sin hablar directamente de las dificultades que la joven experimentaría en sociedad á consecuencia de su posición algo falsa, logró que esta idea martillara el cerebro de la joven, é insinuó que los Sres. de Grandpré se arreglarían de manera que ella tuviera que casarse con un novio por ellos escogido. Añadió que en el caso de que Gilberta quisiera casarse según los impulsos de su corazón, debería sostener luchas muy penosas, y quizá se debía esto á que los Sres. de Grandpré no habían sido bastante bien aconsejados al volver á reunirse bajo el mismo techo... El Sr. de Marsac era quien había arreglado aquello sin que nadie supiera ni cómo ni por qué...

Al pronunciar el nombre de Marsac, la señora de Egrigné se mordía los labios como si hubiese mordido al propio Marsac, pues éste se le había hecho antipático sin razón alguna, quizá porque las naturalezas francas y abiertas repelen á los caracteres disimulados y bajos.

Gilberta escuchaba sin decir palabra; la tentadora procedía con tal tacto y cuidado, que era imposible detenerla ni siquiera interrumpirla; cuando, por un refinamiento de hipocresía, se interrumpía por propia voluntad, las frases que no acababa eran las más peligrosas.

Cuando hubo sembrado la desconfianza y la turbación en el alma de la joven, la señora de Egrigné volvió á hablar de su hijo. ¡Qué desgracia que Luis no tuviera fortuna! ¡Nunca aquella buena madre había deplorado tanto la injusticia de la suerte, que se complace en favorecer á los menos dignos de sus beneficios! Si el Sr. de Egrigné hubiese vivido, ¡qué posición hubiese conquistado con su talento, su ciencia, su honradez y su elocuencia forense! La señora de Egrigné indicaba con palabras mal encubiertas que el cargo de ministro de Gracia y Justicia bajo un régimen constitucional apenas era recompensa suficiente para la virtud é inteligencia de su marido. Pero había muerto en el momento en que empezaba á recoger el fruto de su trabajo y de su talento... y su hijo, que se le parecía en todo, por su inteligencia y su moralidad particularmente, no tenía ni la fama ni la posición que le eran debidas. Si hubiese tenido millones... y un nombre campanudo... Al hablar de millones la señora de Egrigné meneó dolorosamente la cabeza. El desgraciado mozo era digno de compasión. Sin fortuna, rico únicamente por su buen nombre, no se atrevería jamás á presentarse como pretendiente y á declarar la pasión que había concebido. La señora de Egrigné conocía el corazón de su hijo... ¡Ocultaría su herida, pero moriría de ella! ¡Ah! ¿Por qué no supo guardar mejor aquel secreto? Solamente el exceso de sus temores maternales podía excusar aquella confidencia que se reprochaba ya como una traición á su hijo.

En aquel momento la puerta se abrió y el héroe de aquella aventura apareció en el umbral. Al conocer á Gilberta quiso retirarse; pero le faltó valor para ello y quedó en la penumbra, que favorecía las dotes de su escuálida persona, esperando que un gesto le permitiera entrar.

La señora de Egrigné, confusa, turbada, se deshizo nuevamente en lágrimas y dijo: «¡Lo sabe todo!» y salió por otra puerta que cerró.

Luis se aproximó y estuvo elocuente. Se deslizó de rodillas, con mucha habilidad y sin caer en ridículo; protestó de su ternura; reprochó á su madre por haber hablado, y suplicó á Gilberta que, puesto que á él no le era dable crearse una fortuna en poco

tiempo, renunciara ella á la suya, asegurando que así serían muy dichosos, y terminó afirmando y jurando que la amaría sin esperanza hasta el último suspiro. Besó luego respetuosamente y con frenesí una mano que no se retiraba sino á medias, y llamó á su madre, diciéndole que nunca debió de haber revelado un secreto que amenazaba deshonrarle á él, ¡á un Egrigné! Y diciendo esto, salió desesperado. Esta escena había pasado rápidamente. El joven había hablado con discreción suficiente para que Gilberta no pudiera imaginar que se le había tendido un lazo. Se puso ésta el sombrero, algo nerviosa, y se retiró besando á Emma, que había aparecido de nuevo. La señora de Egrigné no la besó; tendió su mano en silencio, con un ademán que imploraba perdón, y la puerta se cerró, ó mejor podría decirse que cayó el telón, terminado que hubo aquella comedia.

Gilberta no era tonta, y un poco de reflexión le hubiese hecho advertir los puntos débiles de aquella obra en que acababa de representar un papel puramente pasivo. Pero era joven, tenía la cabeza á pájaros, y todos los fermentos de indisciplina obraban en ella. Las ambiguas palabras de la señora de Egrigné habían despertado el eco de sus propias impresiones. Al propio tiempo se sentía indignada de oír decir á otros lo que había pensado ella misma, y satisfecha de ver que se le daba la razón.

En tal estado de ánimo, nada se atrevía á decir á sus padres de lo que acababa de saber; calló, pues, y meditó profundamente durante muchos días. Luis de Egrigné no le gustaba por su persona, y sin embargo, había producido impresión profunda en ella porque se le había dicho que la amaba y por haberlo visto de rodillas ante ella, cosas ambas que hacen siempre gran efecto la primera vez que suceden.

Una serie de contrariedades que no hubieran valido la pena en otra ocasión, pero que entonces revestían gran importancia, á causa de la antipatía latente que existía entre ellas, mantuvo la frialdad entre la baronesa y su hija, hasta el punto de que lo advirtió el Sr. de Grandpré. A pesar del embarazo que sentía en tratar con su mujer cualquier asunto confidencial, se decidió á preguntarle si sabía la causa del mal humor de su hija.

Pensando solamente en que tenía que repetir á su marido las palabras que le había dicho su hija, la baronesa sintió que le faltaba el ánimo. Se contentó, pues, con decir que Gilberta se había explicado de una manera poco respetuosa acerca de su eventual matrimonio, y que ella la había reprendido por el modo como se había expresado.

— Ha hecho usted bien, dijo el Sr. de Grandpré; Gilberta hace algún tiempo que trata de emanciparse, á lo que me parece.

— En otras ocasiones no se portaba de esta manera; puedo asegurar á usted que era obediente y sumisa...

— Estoy convencido de ello; y por mí mismo he notado que era muy distinta cuando me la presentó usted... Sin duda el ambiente de la sociedad...

— Querría, á lo que me figuro, estar ya casada, añadió lentamente la baronesa.

El Sr. de Grandpré no contestó. Durante el invierno varias veces le habían hablado ya con palabras embozadas del matrimonio de su hija, y le habían tanteado acerca de sus intenciones. A pesar de las tristezas de su vida, estimaba que el amor compartido es la mejor salvaguardia del honor conyugal, y deseaba, ante todo, que Gilberta se casara con un hombre á quien amase. Pero ninguno de los que se habían presentado en calidad de pretendientes le había parecido digno del amor de su hija.

— ¡Plegue á Dios, dijo al cabo, que encuentre la dicha en su matrimonio! Ni usted ni yo deseamos sin duda forzar la elección de nuestra hija; pero hubiera deseado que la estancia en nuestra casa le hubiese sido tan grata que le permitiera pasar aquí algunos años en nuestra compañía antes de crearse á su vez un hogar propio.

La señora de Grandpré no contestó, no era la primera vez que su marido expresaba el deseo de conservar á su lado durante mucho tiempo á Gilberta, y adivinaba asimismo que la ternura paternal no era la única causa de ello. Aun cuando el barón no había aludido jamás á la separación que seguiría al matrimonio de su hija, sabía por Marsac cuán penosa le era aquella idea.

— Es una crueldad inútil, había dicho á su confidente común, pues nos hiera á todos por igual: á ella, á mí y á nuestros hijos.

Pero la baronesa persistía en su resolución; la sociedad, desde que había vuelto á ella, le pesaba más que nunca; y la necesidad de continuar haciendo un papel odioso, le parecía cada vez más dura. Una cosa solamente hubiese podido hacer que

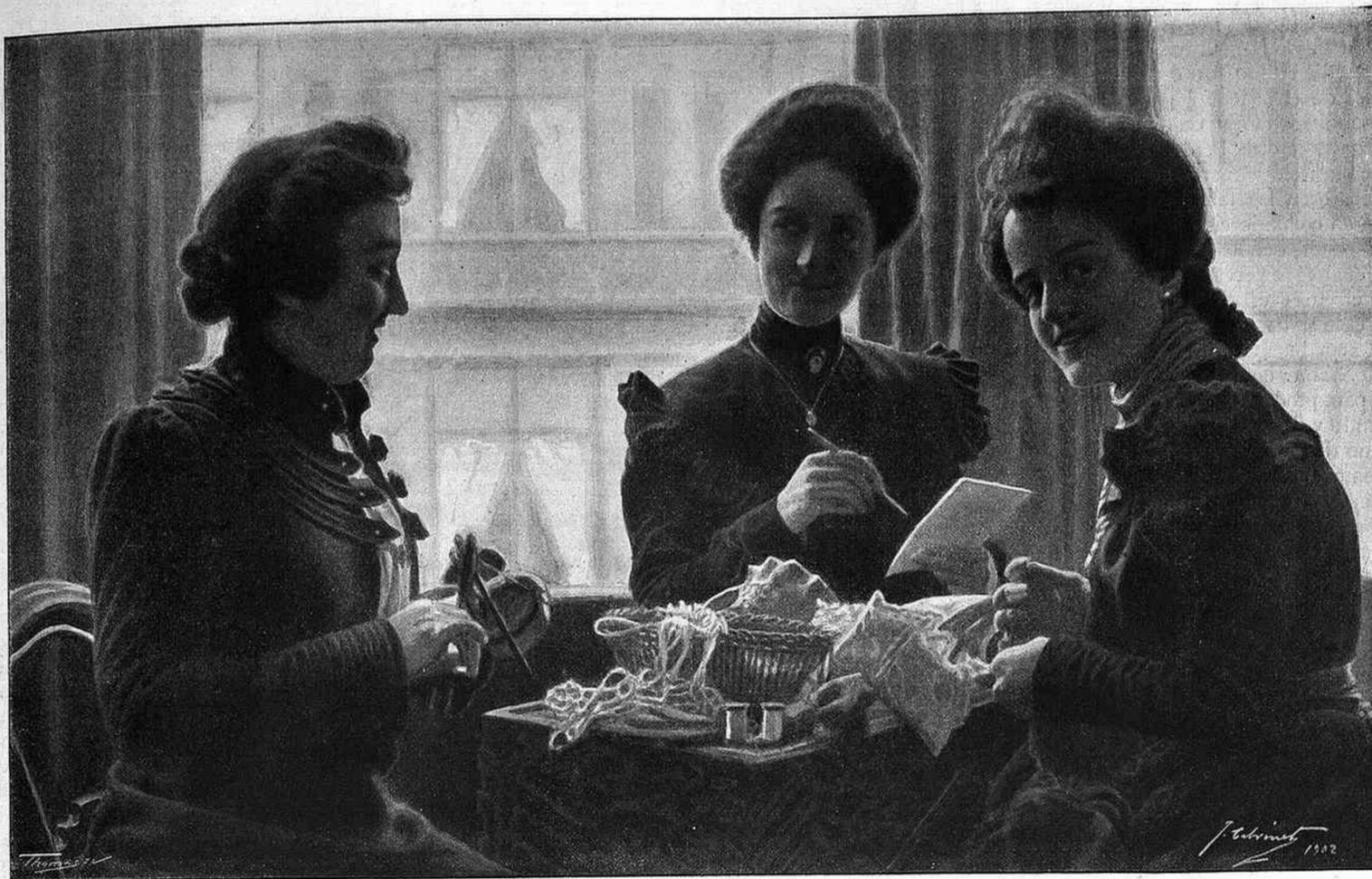
desafiara la antipatía que por dondequiera encontraba. Si hubiese podido reconquistar el corazón de su hijo, hubiese entrado cogida de su brazo y con la frente alta en el salón más hostil. Pero Pablo no la había perdonado ni la perdonaría jamás, y el ansia de soledad y silencio que torturaba á la madre, se vería al fin cumplida cuando se casara Gilberta. Eso es lo que había dicho á Marsac y lo que este

La señora de Grandpré no se mostró tampoco entusiasmada.

- No son de nuestra clase, dijo simplemente.
- Pero le recibimos y Gilberta va á su casa, afirmó el barón, queriendo hacerles esa justicia.
- De todos modos, replicó la baronesa, me parece un partido muy mediano.
- Sin duda..., ¿cree usted que debemos rehusar?

Devolviendo pregunta por pregunta, miró á su padre de frente y contestó:

- Y usted, padre mío, ¿desea que me case?
- Te dejamos en completa libertad de aceptar ó de rehusar, hija mía. Pero, si nos preguntas nuestro parecer, he aquí: ni tu madre ni yo sentimos simpatía alguna por ese joven, y desearíamos que no te casaras con él.



... y allí encontró Gilberta otra porción de jóvenes, ocupadas en coser

fiel amigo repitió al Sr. de Grandpré, el cual comprendió entonces cuán vana había sido la esperanza que abrigara de que su mujer fuera para él, después del casamiento de sus hijos, la compañera de su vejez y la que le ayudara á pasar los últimos años de una vida, si no dichosa, libre, por lo menos, de toda amargura.

Más y más irritada por aquel sordo descontento que sentía, unas veces contra la señora de Egrigné, otras contra su propia familia, Gilberta se hacía verdaderamente intolerable. Aun cuando no hubiese resistido abiertamente desde el día en que su madre la había asustado tanto, oponía á todos los esfuerzos de ésta una mala voluntad, que era, por otra parte, reprimida por la baronesa con firmeza inexorable. Aquella situación no podía prolongarse mucho tiempo sin producir á la larga choques penosos para todos. La más fútil de las contrariedades, una orden mal comprendida y ejecutada, provocó por parte de la baronesa algunas palabras severas; y el resultado fué que Gilberta experimentó tal acceso de rabia silenciosa, que inmediatamente escribió á Emma: «Decid á vuestro hermano que me pida en matrimonio.»

Enviando esta esquila firmada con sus iniciales, Gilberta no había tenido la intención de comprometerse; era una especie de arrebato destinado á poner en evidencia sus derechos ó, por mejor decir, para contrariar los deseos de sus padres.

Al día siguiente, Luis de Egrigné se presentó en su casa y, como se le había dicho, pidió la mano de Gilberta.

El barón recibió aquella petición con menos sorpresa de lo que pudiera creerse; su cariño paternal le había hecho notar la intimidad de las dos jóvenes, y el despego de Gilberta desde algún tiempo á aquella parte, le hacía presentir lo que ahora sucedía.

No estaba satisfecho; aun dejando aparte todo sueño de ambición, el joven sólo le gustaba á medias; la hermana era tonta, la madre fastidiosa; pidió ocho días para reflexionar...

Muy distante todavía de sospechar el complot urdido, sentía, sin embargo, cierta desconfianza. Habiendo consultado con Marsac la petición que se le hacía, éste dió informes que fueron bien poco favorables al joven, que por dos ó tres veces había probado ya hacer un matrimonio por dinero, sin que jamás hubiese podido conseguir su objeto.

- Ciertamente.

- Estamos de acuerdo, dijo el barón con tono satisfecho. Voy á escribirle en ese sentido.

- ¿Y Gilberta?, preguntó la señora de Grandpré, no sin hacer un violento esfuerzo, recordando la escena que había pasado con su hija. Le dije yo que le daría conocimiento de cualquiera petición de ese género. Y como ésta no tiene nada de deshonoroso...

- Es muy justo. ¿Quiere hablarla usted misma? La baronesa vaciló. No se atrevía, sin querer confesarlo, á entablar una conversación de ese asunto con su hija, pues la primera que tuvo no le dejó ganas de insistir.

- ¿No cree usted, contestó, que sería mejor hablarla los dos juntos?

- Tiene usted razón, respondió el barón; le diremos que venga.

Gilberta se presentó ante sus padres en la peor disposición de ánimo del mundo; una tarjeta de Emma, que había recibido la víspera, decía estas pocas palabras: «Todo ha salido á pedir de boca.» Luego, esperaba con una especie de trepidación nerviosa el momento decisivo, deseando que sus padres no le hablaran de tal asunto. Así es que cuando oyó que la llamaron, creyó que habían consentido en el matrimonio, y durante un momento tembló al pensar que aquel casamiento iba á realizarse; pues, al fin y al cabo, conocía muy poco al joven que iba á ser su marido. ¿Querían acaso sus padres desembarazarse de ella, echándola en brazos del primer desconocido? Una porción de sentimientos distintos y contradictorios batallaban en ella y le quitaban toda libertad de acción.

Cuando el Sr. de Grandpré, con voz grave, le indicó la petición recibida y le hizo ver todas las ventajas y desventajas que presentaba la situación del pretendiente, su mente tuvo percepción más clara de la realidad.

- Dicho esto, interrogó su padre, ¿quieres ser la esposa de Egrigné?

Cinco minutos antes hubiera contestado resueltamente: «No.» Pero, oyendo exponer la medianía que resultaba en todos los terrenos aquel que había dicho que la amaba, su padre, sin saberlo, había tocado una de las mil fibras harto sensibles de aquel amor propio enfermizo, y la había producido impresión contraria.

- ¿Por qué?

Esta pregunta sorprendió y turbó al barón, que no la esperaba. Sin embargo, fué preciso contestarla, y el argumento de que para ello se valió no fué de los más felices, dadas las circunstancias.

- Su fortuna es muy desproporcionada con la tuya, para que podamos creer desinteresada su pretensión.

Los ojos de Gilberta centellearon. ¿Acaso, de rodillas ante ella, no le había suplicado Luis que abandonara su fortuna? ¿Cree su padre que no se la podía querer por ella misma?

- Por mi parte, contestó con tono seco, estoy segura de que me ama por mí misma.

Sus padres la miraron estupefactos, como dudando de lo que decía.

- ¿Estás segura?, preguntó la baronesa. ¿Y cómo lo sabes?

- Poco importa el porqué lo sé; el caso es que estoy segura de ello.

Sus padres se miraron sin decir una palabra y comprendiendo lo que había sucedido: la amistad de Gilberta con Emma había dado sus naturales frutos.

- Hija mía, dijo la señora de Grandpré, puesto que no quieres explicarnos de qué manera sabes los sentimientos que este joven abriga hacia ti, es natural que rehusemos tomar en serio tal proposición. Por otra parte, te hemos dicho que esa alianza no nos conviene. Hemos querido hablarte, primeramente porque te lo habíamos prometido, y luego porque tus relaciones amistosas con la señorita de Egrigné será preciso que se modifiquen...

Gilberta se puso muy pálida, y á pesar de que á primera vista se notaba que sufría un acceso de cólera, dijo solamente:

- Padre mío, me ha preguntado usted si deseo casarme con el Sr. de Egrigné; á esta pregunta contesto: Sí.

Esto lo dijo interrumpiendo á su madre y sin mirarla siquiera.

La falsa posición en que se encontraban los dos esposos, uno de otro, hacía mucho más odiosa aquella ofensa voluntaria de su hija.

- ¡Gilberta!, dijo el Sr. de Grandpré levantándose, acabas de faltar á tu madre; ¡pídele perdón en seguida!

(Continuará.)

LA CIENCIA EN EL TEATRO

CALDERA ELÉCTRICA.-CASCADA DE PIEDRAS PRECIOSAS

BAILE DE JOYAS

Desde que los progresos de la electricidad permitieron obtener la luz de una manera práctica y segura, el teatro del Chatelet de París fué el primero en instalar el material necesario para la producción de ésta, á saber, máquina de vapor y dinamos. Más tarde, cuando después del incendio de la Opera Cómica se hizo obligatoria para todos los teatros la luz eléctrica, instalóse en la plaza del Chatelet una verdadera fábrica de electricidad para alimentar á los dos teatros municipales que en dicha plaza se levantan, uno enfrente de otro. Pero en la actualidad, con las canalizaciones eléctricas extendidas por toda la capital, desaparecen las fábricas particulares, y los teatros están en comunicación con la central del barrio. De ello resulta que los teatros no pueden tener calderas, lo cual es á veces un inconveniente grave para ciertos efectos escénicos que exigen chorros de vapor. Este caso se ha presentado en el Chatelet, en la obra que actualmente allí se representa, titulada *Le voyage de Suzette*: en un momento dado sale un buque que, para producir mayor ilusión, aparece en escena silbando y dejando escapar nubes de vapor. M. Judic, uno de los directores del teatro y que es, al mismo tiempo, un excelente electricista, ha resuelto el problema del vapor sin hogar, instalando en el referido buque una caldera calentada por la corriente eléctrica (fig. 1).

Tiene una capacidad de cincuenta litros, descansa sobre un armazón de madera fácilmente transportable y está provista de silbato, sirena, manómetro, y en una palabra, de todos los accesorios ordinarios.

En el fondo hay diez agujeros en los cuales hay montados tubos de 35 centímetros de longitud, cerrados en su extremo superior y abiertos por abajo; de este modo se ha formado una especie de caldera tubular, cuya superficie de calefacción está constituida por la superficie de los tubos. En cada uno de éstos se introduce un cilindro de tierra refractaria, rodeado de una espiral de hilo de *maillachort* y cubierto de cartón de amianto, que forma lo que se llama una bujía. Las dos espirales van á parar á una toma de corriente que puede enlazarse con la canalización eléctrica. En cuanto la co-

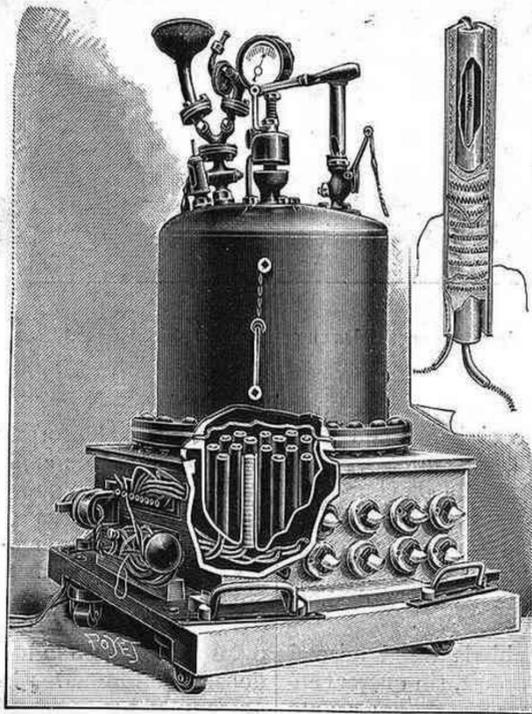


Fig. 1. - Caldera eléctrica del teatro del Chatelet, de París



Fig. 2. - Las joyas luminosas. Equipo de las bailarinas en el salón de baile

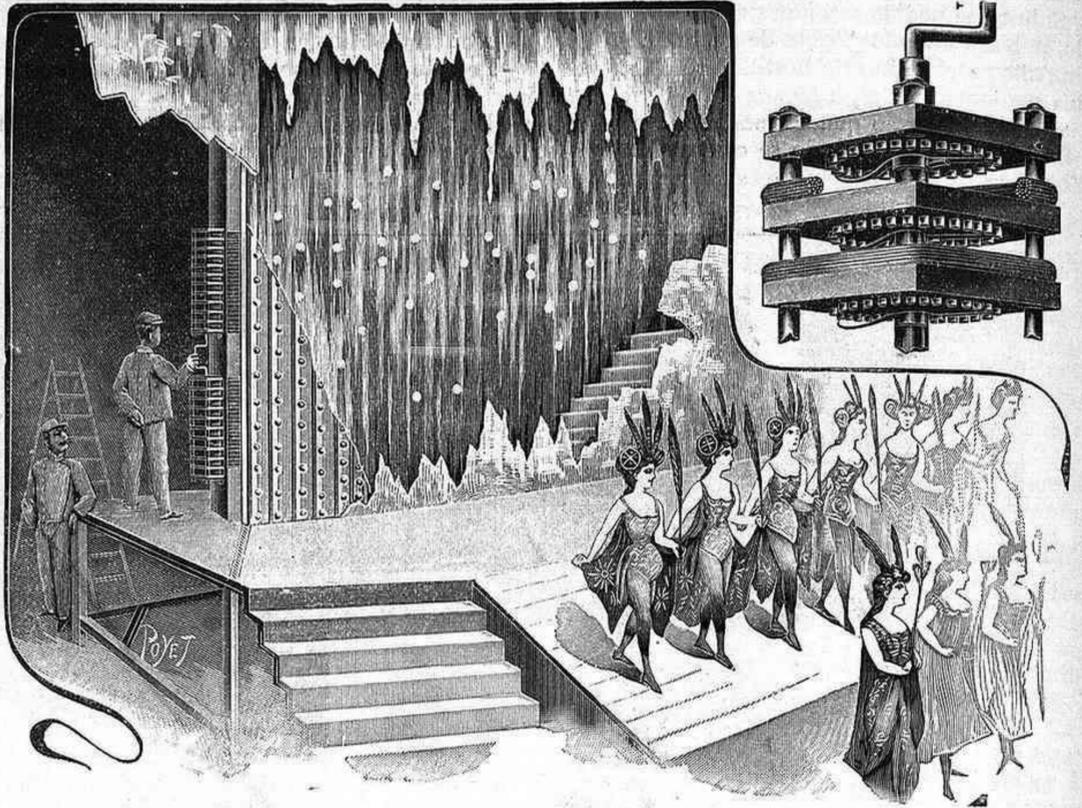


Fig. 3. - La cascada de piedras preciosas en «Le voyage de Suzette.» obra representada en el Chatelet, de París

riente circula, el hilo, que ofrece al paso de la misma una gran resistencia, se pone al rojo y permanece en este estado todo el tiempo que se desea. Varios conmutadores permiten hacer funcionar una ó varias bujías; al principio, se emplean todas á la vez y cada bujía consume cuatro amperios, ó sea un total de 40. En estas condiciones se necesita una hora y media para obtener la presión suficiente para la alimentación del silbato y de la sirena; una vez obtenida la presión y en el intervalo de las escenas en que se emplea el vapor, se mantiene aquélla dejando en el circuito solamente una ó dos bujías.

Es probable que algunos otros teatros tendrán ocasión de emplear esta caldera, que de hoy en adelante formará parte del material de todo escenario bien organizado.

En la obra antes citada, M. Judic ha hecho otra aplicación de la caldera eléctrica para producir en el espectador la ilusión de una cascada de piedras preciosas, imaginando á este efecto una combinación muy ingeniosa. De una masa de rocas situada á lo lejos se escapa una cascada figurada por un telón de tela ligera que contiene hilos de oropes; de lo alto de la misma (5 metros de alto por 7 de ancho) parecen caer piedras preciosas de todos colores: diamantes, topacios, rubíes, esmeraldas (fig. 3). Este efecto se obtiene mediante mil lámparas de incandescencia de colores varios, colocadas en la tela transparente que figura la cascada, y dispuestas una debajo de otra en número de cincuenta en veinte barras de madera situadas verticalmente una al lado de otra, en toda la anchura de la decoración.

Iluminando por un instante y sucesivamente, comenzando de arriba abajo, cada lámpara de una misma barra, se produce enteramente la impresión de una caída desde lo alto; estas iluminaciones y extinciones se obtienen por medio de un conmutador especial colocado entre bastidores, que reproduce aparte el grabado.

Todas las lámparas de una misma barra están enlazadas á una corona de tacos dispuesta en una planchita, y un frotador cierra el circuito de una lámpara cuando pasa por encima del taco correspondiente y lo corta en seguida cuando pasa al taco vecino para encender la lámpara siguiente. Las planchitas están colocadas unas encima de otras y reunidas por travesaños, y el conjunto de las mismas está sólidamente unido á un montante y atravesado por el centro de parte á parte por un eje provisto de un manubrio que permite imprimirle un movimiento de rotación. Sobre este eje van fijados por medio de un collar los frotadores que llevan la corriente á los tacos de cada planchita. Dada la posición en que está calzado el frotador sobre el eje, se comprende que puede producirse la primera iluminación donde se desea, habiéndose procurado para el caso que nos ocupa no empezar al mismo tiempo en todas las lámparas de la parte superior, sino, por el contrario, variar el punto de partida en cada barra, á fin de producir la impresión de piedras que caen al azar en la corriente de agua. Añadiendo un segundo frotador para cada planchita, pueden iluminarse al mismo tiempo dos puntos diferentes de una misma barra. Basta aflojar y apretar el collar para calzar como se quiera los frotadores, merced á lo cual pueden producirse múltiples combinaciones, como por ejemplo la caída de piedras en diagonal, en cuadrícula, etcétera. Es de notar que variando la dirección de la rotación se produce el efecto de una ascensión en vez de una caída, lo que puede utilizarse para figurar fuegos artificiales.

Con el objeto de obtener un brillo más intenso, M. Judic ha adoptado lámparas de 75 voltios, siendo la corriente de 110. Esto no ofrece inconveniente, porque cada lámpara no permanece iluminada más que una fracción de segundo; pero como podría suceder que á consecuencia de una falsa maniobra del manubrio hubiese una parada, hay prevenido un interruptor general que el maquinista mantiene cons-

tantemente cerrado tirando de un hilo y que en cuanto se soltara éste se abriría por sí mismo.

Esta combinación funciona perfectamente y ob- tiene un gran éxito, no sólo en París, sino que tam- bién en Lon- dres, adonde ha sido llamado su inventor para instalarlo en el teatro Drury Lane.

Finalmente, para completar la aplicación de la electricidad á la comedia de magia, compú- sose un baile en el cual sesenta bailarinas lle- van cada una diez lámparas de incandescencia colocadas en su traje y en su to- cado. Esto se había hecho ya en la Opera, pero con un número reducido de per- sonas; en el Chatelet el efecto es más completo.

Se han formado grupos que personifican cada uno una piedra preciosa diferente, y para ello se han pin- tado las lámparas con barnices transparentes, ha- biéndose requerido cierto cuidado para obtener el efecto que se deseaba, pues la luz, bajo el barniz, ha dado lugar á muchas sorpresas: en numerosos casos para obtener el resultado ha sido necesario emplear envolturas de cristal glaseado. Las lámparas de cua- tro voltios están todas en derivación sobre el circui- to de un pequeño acumulador de dos elementos que

la bailarina lleva en un saco de caucho que le sirve de miriñaque (fig. 2). Hay dos circuitos, uno para el tocado y otro para el traje, y ambos están unidos á un interruptor puesto al alcance de la mano, que



EL BRASERO DE CUPIDO, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres

cierra la corriente á una primera presión y lo abre á una segunda y así sucesivamente. En momentos dados las sesenta bailarinas iluminan las lámparas ó las apagan, produciendo hermosos efectos. Varios hilos delgados terminados por tapones de toma de corriente permiten unir rápidamente cada circuito al acumulador. Los acumuladores se cargan durante el día por medio de un cuadro de distribución especial, y todas las bailarinas, poco antes de salir á la esce- na, van al salón del baile para ponerse cada una su aparato.

G. CHALMARÉS.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

MANUAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL, por D. Anto- nio García Llansó. - Tomo en 4.º menor, de 59 páginas. Pre- cio, 10 pesetas. - Es un libro completísimo, en el que primera-

mente se trata la parte positiva de la legislación españo- la sobre propiedad intelectual, presen- tándola por orden alfabético de mate- rias; después se da un extracto del de- recho establecido en los demás países civilizados, y por último se insertan las leyes españolas de 1847 y 1879; re- glamento de ésta; convenios de pro- piedad literaria, ar- tística y científica; ley de Imprenta; reglamento de policía de espectácu- los y otras muchas resoluciones com- plementarias. Con- densada esta obra en forma práctica, resulta de grandísi- ma utilidad, tanto

para los autores como para los editores, puesto que á los unos y á los otros les enseña los derechos y los deberes que las le- yes les señalan. Los pedidos de ejemplares de este libro deben dirigirse á D. Francisco Puig, librero. Plaza Nueva, 5, Bar- celona.

JUEGOS FLORALES DE COLONIA DE 1901. - Un tomo de más de 300 páginas con grabados, pulcramente impreso en Co- lonia por F. Sohn y J. F. Lané.

ELOGIO FÚNEBRE DEL EXCMO. SR. D. VÍCTOR BALA- GUER, leído en la velada dedicada á honrar su memoria en el Fomento del Trabajo Nacional por D. Manuel Creus. - Folle- to impreso en la tipografía de Domingo Casanovas, Barcelona.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de
 los tónicos y el mejor
 reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, con- vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especidiones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Etasoo. 8 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 HOJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et C^{ie} 8, St-Denis, 16

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
 CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Duen Exito, Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

VINO AROUD
 CARNE-QUINA
 MEDICAMENTO - ALIMENTO
 El más poderoso REGENERADOR
 Prescrito por los Médicos
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.
 102, Rue Richelieu, PARIS
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

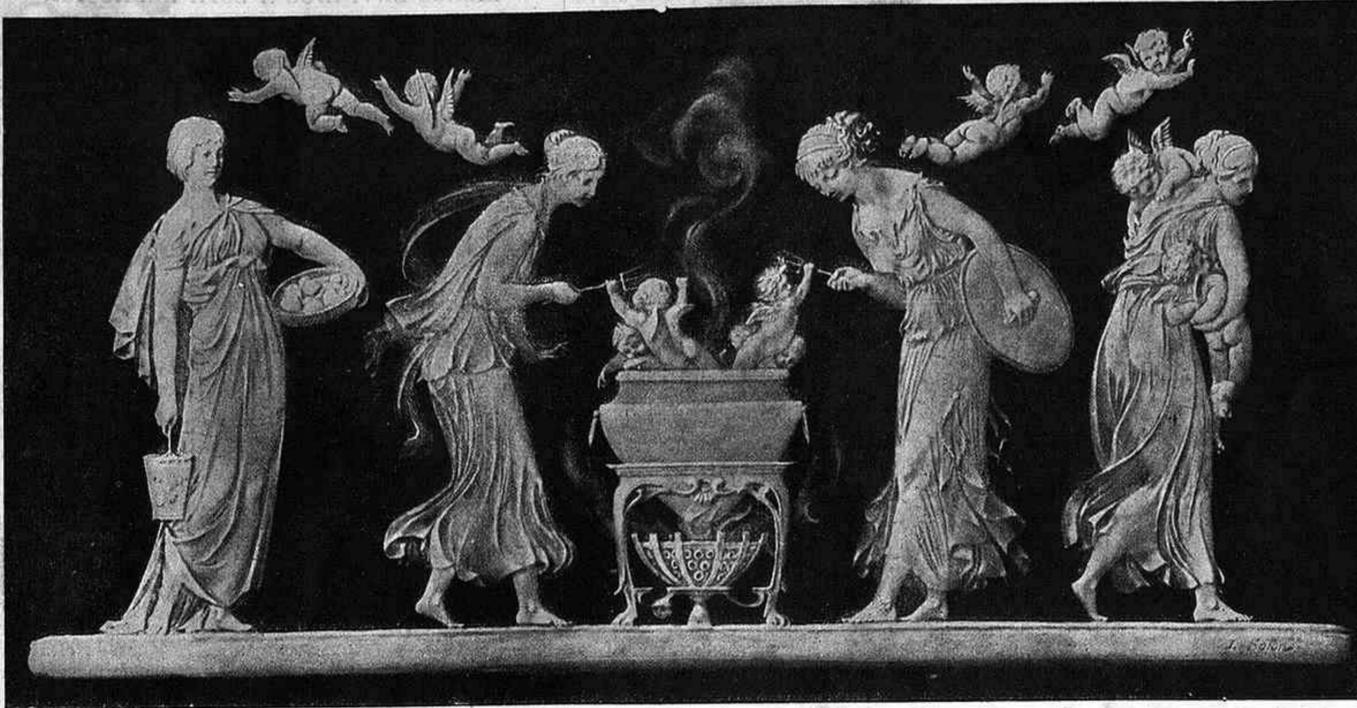
ZOMOL
ZOMOTERAPIA
 EL ZOMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)
 PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la
 TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA, la CLOROSIS, la ANEMIA, la CONVALECENCIA, etc.
 Tres cucharaditas de café de Zomol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
 PARIS, 8, rue Yvienne y en todas las Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

PORCELANAS

DE LA FÁBRICA NACIONAL DE SEVRES



NINFAS FABRICANDO AMORCILLOS, porcelanas de la fábrica Nacional de Sevres

Dos nuevos ejemplares de porcelanas de la Fábrica Nacional de Sevres publicamos en esta y en la anterior página, ambos hechos por el mismo procedimiento de pastas sobrepuestas que los que en anteriores números hemos reproducido. No insistiremos, por consiguiente, en encomiar la perfección de su factura, que está á la altura de las mejores piezas salidas de aquel importante establecimiento industrial, en donde se producen objetos de cerámica que por su precio rivalizan con las joyas más costosas.

Unicamente llamaremos la atención de nuestros lectores sobre las bellezas de composición que avaloran esas porcelanas: el asunto está deliciosamente concebido y desarrollado con una delicadeza y una gracia admirables. La idea que en ambas obras preside se presta á mil galanuras de imaginación, y fuerza es confesar que el artista que le ha dado forma ha encontrado la nota propia para exteriorizarla, trazando una serie de elegantes figuras de ninfas y amorcillos que aisladamente consideradas son un portento de corrección y cuya agrupación hábilmente hecha constituye un conjunto de excelente efecto.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AVISO Á LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
en BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las
PÍLDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO NOURRY

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

GLIN y COMAR, PARIS - y en todas las Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.